

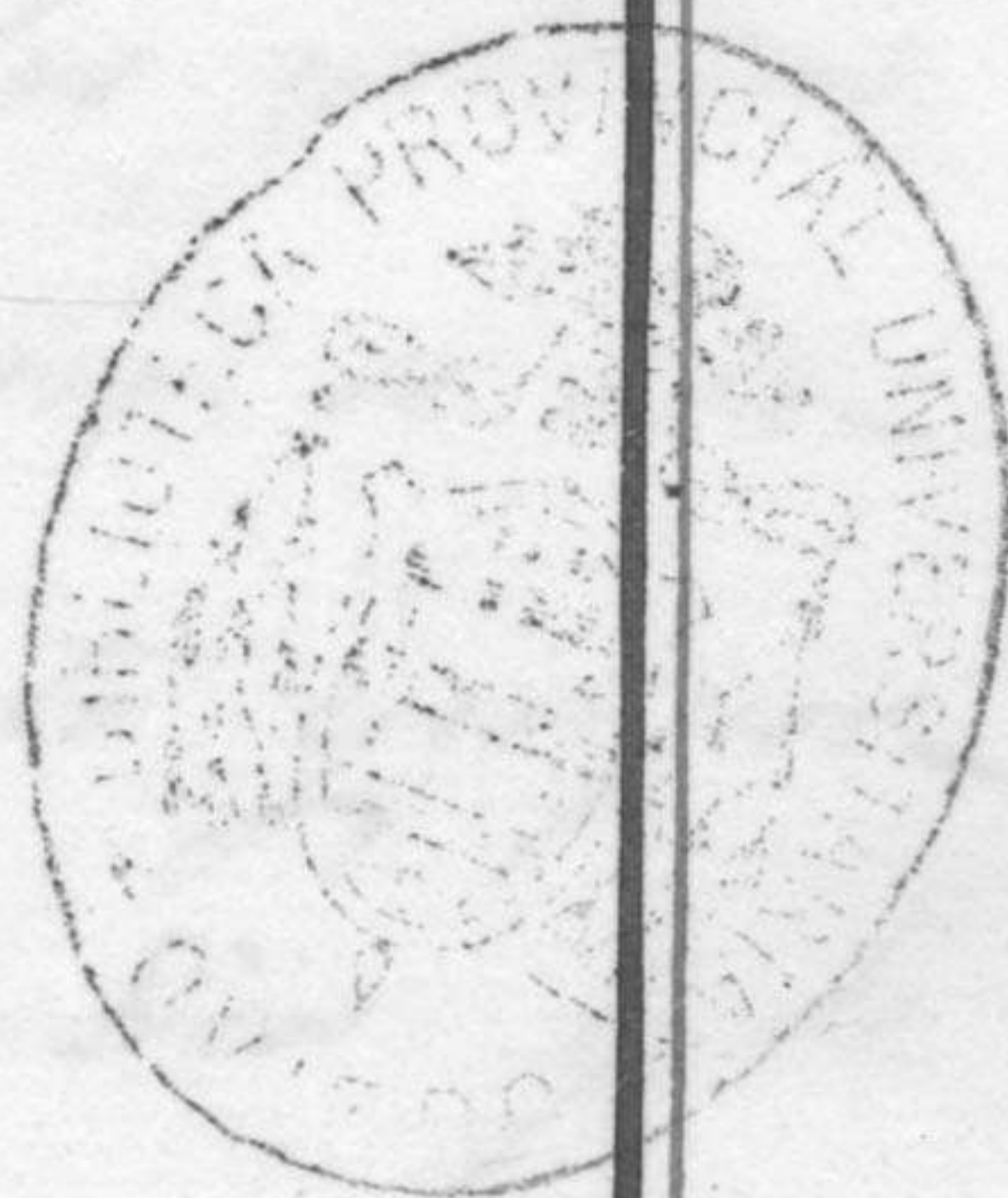


LIBRO
DE LA GINETA

i descendencia de
los Cavallos guz-
manes que por
otro nombre se
llaman balencue-
las.

COMPUESTO
por Don Luis de ba-
ñuelos i de la cerda
Vecino i natural de
Cordoua.

MDCV.



PROLOGO

Carta Dedicatoria a Don Fernando Carrillo
ministro de govy Caballero de la orden de San-
tiago y de los consejos de Justicia y Cámara
del Rey nuestro Señor.

La afición i inclinación que la Natu-
rala puso en mi a los Cavallos y a la
gineta heredada de padres y aguelos me a
obligado, visto el poco uso que della ay en
el andalucía y particularmente en Cor-
dona, donde a auído siempre hombres
tan señalados en esta profesion como en
letras y milicia y en las demas facul-
tades como nos lo muestran las ystorias
antiguas y modernas, a desear no se aca-
ue de todo punto cosa que tanto ympor-
ta y necesaria es al seruicio de Dios y de
su Magestad, este celo me a mouido a
escreuir estos documentos para solo el
prouecho della y para que tengan el

fin que deseo me parecio dirigillos a
vmd. que como hijo y natural de Cordona
y de padres tan ynsignes en esta facultad
tendra vmd. obligacion de favorecer este par-
tido quando no ubiera en vmd. tantas de sangre y
puedo que obligaran a vmd. a tomar esta causa por
tan suya.

Suplico a Vmd. por las causas referidas los
favorezca y onrra para que salgan a luz que
favoreciendolos vmd. con solo esto tendran el
fin que pretendo. Dios guarde a vmd. con el
aumento de estados que puede y yo deseo, en
Cordona 12 de agosto de 1608.

Don Luis de sanuelos
y de la cerda.

PRÓLOGO

Considerando la gran caída que hoy tiene la gineta y quan desusada y poco exercitada que está principalmente en el Andalucía donde estaba tan en su punto y tan exercitada y como modelo y dechado acudian de las demás provincias de España a aprender y a sacar maestros para que con perfection les mostrasen aquel exercicio y oficio propriamente de principes y cavalleros y de ciudadanos honrrados, viendola tan caída me movió aunque yncapar de tratar de cosa que tantos y tan grandes hombres de a cavallo an escrito tantos libros y reglas por las quales sin mas Maestros quien quisiere considerallas y exercitallas podrán con solas ellas ser perfectisimos en la gineta, me parecio movido de solo el deseo que tengo de

que de todo junto no se acabe cosa
que tanto importa a la nobleza espa-
ñola, decir algunas reglas por las qua-
les la gente moça comience este
exercicio con principios tan dociles
y suaves que los puedan entender
sin dificultad y salir muy aprove-
chados que es lo que se pretende con
el mucho uso y exercicio, que sin
este poco aprovecharan maestros ni
documentos, y siguen oy corren las
cosas, creo dentro de muy pocos años
no habra en España ningun maes-
tro, que con el poco uso lo de esta
era no lo podrán ser y con el tiempo
los de las pasadas se van acabando,
asi será menester acudir al meno
mundo por ellos, que con el mal
trato que en España se a hecho a
la gineta de todo junto se a des-
naturalizado della y se a ido a la
nueva españa y a lo demas descu-

bierto donde la an abraçado y estima-
 do como oy nos muestra la larga es-
 piriencia que desto tenemos y los
 grandes hombres de a cauallo que
 de alla vienen. las raçones que tuvo pa-
 ra yrse de nosotros fueron tan grandes
 como se echará de ver consideradas, pues
 no hay ninguno a quien no toque
 parte de culpa deste destierro y no
 fue la de menor ynconueniente exen-
 tar los contiosos del andalucia que co-
 mo lo eran tantos y la gente mas
 rica de los lugares como son mer-
 caderes labradores y tratantes, no
 solo tenían los caualllos de la contia
 sino otros muchos porque desto te-
 nian grangeria y desta manera
 avia tantos caballos entre esta gen-
 te y tantos Xaeçes que hacian ellos
 entre años muy gentiles fiestas y
 avia algunos muy grandes hom-
 bres de a cauallo, y con la exemption

no hay hombre dellos que tenga caballo ni aun sepa andar en él, los que hoy son contiosos compran un triste rocín para el día de la muestra y luego que pasa le dan a un harruquero para que acarree trigo con él. Tambien la permission de la Summa de coches tienen su parte de culpa, que habiendose permitido por comodidad de las damas, ya no hay galan ni cortesano que su principal cavallo no sea un coche dias muy públicos y fiestas muy celebradas donde se desempeñaban las calles a carreras así asentado esta comodidad de manera que los hombres públicos como alcaldes de Corte y corregidores que avian de andar en sus cavallo así para ver desde ellos los delinquentes como las cosas mal hechas para remediar.

llas y para con su presencia atemorizar y asombrar a quantos topasen, agora andan en coches llevandoles un criado las varas y quando escapan de coches toman una silla de cortinas, cosa que en España no se pensó aver que hombre della usase tal cavalleria. yo sí contar y alcancé algunos viejos de ochenta años y mas andar a la gineta con sus borceguies y espuelas y mi visabuelo hernan mexia de la cerda y mi abuelo Luis mexia de la cerda de noventa años andavan a caca de halcones a la gineta y así fueron la prima della en aquel tiempo y nunca anduvieron en otra silla sino de la gineta y con sus borceguies y espuelas siempre que estaban de su casa, berguenga de los mocos deste tiempo.

Pues las damas no son las que menor daño an hecho a la gi-

meta ni las que tienen menos culpa
del destierro della. Solian servirse y es-
tar muy pagadas con tener un galan
muy hombre de a caballo que mejor
suerte hiciese con los toros, que mejor
ayre llevase en la silla, que mejor
sacase el braco y en fin al que más
nombre de a cavallo tuviese, a este
tal favorecian y le querian y desto
se pagaban dandose por muy servi-
das con el toro, con la suerte, con la
carrera, con el juego de cañas, con
esto los galanes se exercitaban pro-
curandose aventajar unos de otros
en ser mejores hombres de a caballo
para ser mas favorecidos de las
damas que los demas. Pero oy
si uno es mas hombre de a caba-
llo que el conde de Alcaudete, don
Martín de Cordova, el que se per-
dió en mostagan y mas torreador
que don Pedro Ponce de Leon, el

de Sevilla, y mas lindo que Narciso
 y el más galan del mundo y mas
 sabiente que el cid Rui Diaz y sirua
 a una dama y tenga otro competidor
 que sea mas feo que el enano de
 Amadis, si este tal da dinero, a de
 ser el fauorecido, el amado y que-
 rido, porque ya esta todo reducido
 a una tercera y a un buen concierto
 de dinero sin reparar en las perso-
 nas avilidades ni gentilezas. Acuer-
 done de un amigo mio muy gran-
 de hombre de a cavallo servia a
 una Dama muy hermosa y de gen-
 te muy honrrada y rica, serviala
 con fiestas y carreras en su calle
 y lleuandole muchos toros con
 cuerda en que hacia muchas fuer-
 tes muy buenas en su servicio te-
 nia un cavallo excelentissimo para
 aquel proposito, trataron de com-
 prarsele y dabanle por el quatro-

cientos escudos, et no le quiso vender
respecto de su dama y hacer en su
servicio mill suertes en los toros. La
dama lo supo y enviòle a decir que
si por servilla hacia todas aquellas
suertes en los toros aventurando su
cauallo que era tan bueno, que
mas le serviria con que lo vendiese
y le inviase aquellos quatrocientos
escudos que le daban por el, que
con este servicio y medio allana-
ria más facilmente las dificul-
tades que avia para verse con
ella que no quebrando cañas
en cuernos de toros. Tambien las
Justicias tienen mucha parte de
culpa en el destierro de la pite-
ta con evitar no se libien toros
con cuerdas por las calles o en
las argollas que para esto están
disputadas, que con esta golosina
de los toros animaba a todos a su-

bir a la gineta de donde se sacaba
 muy gran provecho, y assi su Sancti-
 dad de Pio quinto quando quitó el li-
 cidarse los toros por los justos respetos que
 le movieron, visto los daños e inconvenien-
 tes que a España le venian en rason de
 perderse la gineta suspendió su man-
 dato y dió licencia para que en España
 se lidiassen con que no fuese en dia
 de fiesta, con todas las cosas dichas y
 otras mas que dexo de decir por la pro-
 lissidad, está hoy la gineta de España
 y ⁽¹⁾ tan olvidada que no hay hombre
 moco en ella que sepa ensillar un
 cavallo a la gineta ni conocer por
 sus nombres las piezas de un Xaer.
 tampoco saben andar a la brida con
 el poco uso que de todo tienen, que
 casi todos andan tan largos que traen
 los estribos en los pies aviendo de
 traer los pies en los estribos para
 ir fuertes y avrosos. Llegó este descon-

(1) ...

cierto a que el padre Maestro fray Augustin Salucio de la orden de Sancto Domingo en un sermón reprehendió a los canalleros de Cordona el poco exercicio que tenían de la gineta, amiendo con ella ganado y apoyado la antigüedad de su sangre y la nobleza della defendiendo la fee de Jesuchristo, y sirviendo a sus reyes, que agora no trataban de imitar a sus abuelos, sino a los ahorcados andando a la brida con las pievnas tan largas que apenas alcançaban con las puntas de los pies a los estribos. Tambien el haberse hecho cuerpo de hacienda los cuallos a tenido su parte de culpa. Compra un canallo un rocín, peynalo y engordalo y al cabo es un rocín gordo y bien curado y lo estima en quinientos ducados y si sube oy en él, lo dexa holgar dos dias y quando sube en él es a la brida, porque no tenga

ocasion de correlle, y asi el dia de la
 ocasion ni el cavallo ni el cauallero sa-
 ben lo que han de hacer; y pues la
 culpa deste destierro de la gineta es ge-
 neralmente de todos, y el daño a todos
 tan manifiesto principalmente a la
 gente noble, pues esa que es su oficio
 y exercicio seria muy justo se le ab-
 case el destierro y no se tratase de
 otra cosa sino de darle tan buen os-
 pedaxe y acogida que se volviese a
 auerindar de sierte que no se fuese
 jamás, procurando cada uno ser
 la prima y maestro de muchos,
 auiendo alcanzado este nombre por
 los hechos y no por solo su parecer
 y opinion. La mucha que tienen en
 todo el mundo los cavallos gurrmanes,
 que por otro nombre se llaman
 maurriques y valencuelas me ha
 hecho saber su origen y raza de
 var con mucho cuidado y no sin

falta de trabajo para escribillo en este
libro y que los curiosos lo sepan y es-
timen en mucho mas estos cauallos
de aqui adelante. Tambien dire la
manera de criarlos potros de esta raza
y la doctrina que se les ha de dar, que
conforme a sus condiciones es muy
necesario guardar en todo la orden que
aqui pondre, que quien los hubiere
criado y no ha ido por este camino
sino por el ordinario de los demas,
vera quanta racon es la que digo y
quan manifiesta verdad.

Capitulo 1.

De la raza y decendencia de los cavallos
guzmanes, que por otro nombre se
llaman valencuelas.



Los cavallos guzmanes que oy se
llaman valencuelas son conocidos y es-
timados en todo el mundo y con muy
gran razon, porque ningunos hay
que merezcan el nombre de cavallos
sino son ellos por las calidades y
particularidades que tienen mas
que los otros en lo que es talla, lin-
deca de cuello, pechos, cara, ojos, ca-
deras y cauello son auentaxadissi-
mos a los demas. lo que es correr
y parar no hay comparacion, por-
que todos los de esta casta apurada
lo hacen por extremo, son cavallos
que nunca son viejos que quando

cierran que suelen todos los cauallos del mundo perder, porque en cerrando comiençan a dexar, ellos comiençan entonces a ser cauallos, que hasta aquella edad son potros, y así duran veyn-tiquatro años, y mas de muy buen servicio son cauallos que jamás pierden el huello, que cada uno saca de su nacimiento, porque aquel sustentan toda su vida con aquella dureça como si fueran de quatro años. Yo conocí un caballo dellos que se decía pie de hierro a Don Juan Vicentelo que compró en Cordoua por quatrocientos escudos quando se casó y despues de habelle servido en Castilla y en el Andalucía mas de cinco o seis años, le echó a la caca de halcones, donde le sirvió tres o quatro y despues de estos infortunios se le ferió al Oque de Osuna Don Juan y con el regalo y buen trato

se removió el caballo y se puso tan
 entero y tan bueno que vi yo al Duque
 correr en él en Cordona muchas carreras
 corriendo el caballo mejor que todos los
 que corrían aviendo muchos caballos y
 muy buenos, y era el caballo entonces de
 diez y seis años. De otros muchos podría
 decir que por no ser a todos notorio, no
 los digo, solo diré que donde quiera que
 ay junta de cauallos, como en fiestas
 o en el terrero de las Pamas, entrando
 caballo valencuela deshace a todos los
 demás. Acuerdome de oylle decir a la
 Señora Condesa de la Puebla, doña Es-
 tephania de Mendoza que siendo la-
 ma quando el Conde de Medellin o
 su hijo mayor Don Juan Portocarrero
 entraba en el terrero de Madrid en el
 turco que compró el Conde de Mede-
 llin por las mill onejas y tantos car-
 neros, y todo el apuro de un hato que
 deshacían a quantos cauallos habia en



el terrero y que las damas sabian a ver
el caballo, que diremos de lancarote el
que oy tiene el duque de Alva y de va-
lencuela que tiene el duque de Medi-
nacei y de otros muchos que están en
Castilla, que con haber caminado y ser-
vido tanto de diez y ocho años y más
están tan lindos y tan fuertes como si
tuvieran quatro años, lo que no tienen
los demás caballos que si llegan a diez
o doce años de servicio están tan lle-
nos de lupias, vegigas, perrillas, res-
pigones sobre huesos que no se pue-
den tener, y el que escapa destas lesio-
nes está tan gordo y tan arrocinado
poniendo la carne tan mal puesta
que aunque de pietro pareció bien, des-
ta edad vuelven a lo que fueron pri-
mero que es a rocines con agujas.
carsele las caras y caerseles los vecos
de la boca y afloxarse de manera que
es menester una lanza para mo-

vellos. Oyle decir muchas veces al Conde de Medellin, que no podia andar hombre onrrado en cavallo que no fuese valencuela. su origen y vaca es muy justo se sepa, el principio y medio que se tuvo y las curiosidades que tuvieron en apuralla lo que la pusieron en el punto que oy esta. En tiempo del Imperador Carlos quinto, de felice recordacion, entre los gentiles hombres que tuvo fue uno Don Luis Manrique, hijo de los Duques de Nagera, al qual por los servicios que hizo a su Rey en la guerra y en la paz le dieron la encomienda de Cordova, de la orden de Calatrava.

Causado el buen cavalleero del Tráfago de la Corte acordo venirse a su encomienda. Llegado a ella y visto la buena acossida que los

caualleros de la ciudad le hicieron
y el temple del lugar con tan buen
cielo y suelo y la gran disposicion
de la tierra para criar caualllos, de
que él era muy aficionado, acordó
de hacer mas asiento en el lugar
de lo que tenía pensado quando
a él vino y comenzó a disponer
la casa de la encomienda como
pudiese vivir comodamente en
ella y ajuntar yeguas para te-
ner potros. Entre muchos y muy
grandes amigos que tuvo fue uno
dellos Diego de Aguayo, señor de
la villa de Villaverde. Este caballe-
ro tenía muchas yeguas y muy
buenas que las había habido de su
cuñado el señor de Sancto firma
don Rodrigo Mexia, que oy son
Marqueses de la guarda. Estas
yeguas eran las mexoves que se
hallaban a la sazon en España.

El dicho don Luis Manrique hizo
 tanto con el Diego de Aguayo que
 le vino a dar una docena de las es-
 copidas, porque tenia muchas y muy
 buenas. Tambien truxo otra media
 docena de escogidas de Guadix y
 Baca; de don Pedro de la Cueva
 tuvo una que en Xever de la
 frontera avia un caballo muy bu-
 no; involo a comprar para cubrir
 las yeguas, que entre las unas
 y las otras avia juntado hasta
 diez y seis. Fruido este cavallo
 que era muy bueno las cubrio
 un año. Un dia estando Don
 Luis Manrique al postigo de
 su casa que caia a una calle
 no muy pasagera y larga, aso-
 mo por ella un harruquero en
 un rocín rucio acul con el cauello
 y cola blanca y muy crespa, con
 su albardon el caballo y seis costales

como suelen andar. Así como descubrió el dicho harruquero a don Luis Maurique, dióle con los pies al rocín y fue corriendo hacia el don Luis como no corrió caballo y entró parando, por el consiguiente el don Luis Maurique quedó tan perdido por el rocín que hizo parar al harruquero y le dijo que se le vendiese, no embarante que el rocín estaba en los huesos y las manos tan tuertas y los pies tan cancañosos y cerrados que parecían más pies de banco que de caballo, aunque lo demás del fuste era muy bueno, y el harruquero respondió que sino era dándole la capa que tenía puesta y otro tanto como valiese, no se la daría. Don Luis le dijo que suyo era el caballo y le dió la capa y treinta escudos. Entró el

caballo en la cauallerica y comencolo
a regalar y el caballo a tomar el re-
galo, de manera que en pocos meses
se puso la mas linda bestia que
podia ser, porque de las nudillas y
coruejones arriba era una juntura
con las clines tan largas y tan
blandas y ondeadas que le arras-
traban por el suelo y con un
gran maco de cola llena de cor-
pones de arriba abajo y en el
nacimiento mil vigotes crespos
que le alindaban y agraciaban
y el correr y parar nunca se
vio cosa semejante, demas que se
ponia para delante y para atras
y los lados y estando haciendo es-
tas caballerias si le daban por los
pies salia corriendo como si fuera
echado de un trabuco. Viendose don
Luis Manrique con tal caballo
determino echallo a sus yeguas

y aunque resuelto en esto quiso
saber de donde el harruquero amà
avido este cavallo y envió a llamar
al dicho harruquero que se llama-
ba Guzman, de donde le quedó el
cavallo de allí adelante llamarse Gu-
zman y a todos sus hijos Guzmanes.
Venido el dicho Guzman le preguntó
el Don Luis Manrique: de adonde
hubistes este cavallo. Respondió el
Guzman: Señor, dos meses antes que
le vendiese a vmd. le compré de
un mesonero que vive en tal par-
te. Envío don Luis a llamar al
mesonero, luego que vino le pre-
guntó: de donde hubistes un rocín
que vendistes a Guzman harri-
quero. El dicho mesonero respondió
que poco antes que él lo vendiese
habian llegado a su posada siete
u ocho moros todos en caballos a la gineta
que decian ser un embaxador del Rey

de Marruecos, que iban con una em-
 baxada al Emperador, que la noche
 que llegaron le dio, á aquel caballo un
 toro con tan cruel que cayó en el suelo
 y no se pudo más levantar. Visto
 los moros, aquello compraron otro
 y se fueron y le dixeron: mira por
 ese caballo y tomátele y si viviere tenlo
 en mucho, porque es de la mejor cas-
 ta que tiene nuestro Rey ni ay en
 toda Berberia, y que despues de idos
 dentro de otro dia se levantó el caba-
 llo y comenzó a comer y estar bue-
 no sin otro medicamento y que
 él lo habia vendido a Guzman en
 once Ducados. Con esta relacion aca-
 to don Luis Manrique de executar
 su intento y echallo a las yeguas, lo
 mismo hicieron otros caballeros, ami-
 gos de don Luis que tenían yeguas,
 sabiendo de las unas y las otras
 excellentisimos caballos de este cana-

llo y de las yeguas dichas comencó á tener don Luis muy gran cantidad de potrancas y potros, siendo todos excellentisimos, de correr y parar. Sirvió en este ministerio el dicho caballo muchos años hasta que de viejo murió, amándosele querido muchas veces feriar al don Luis mill principes a peso de oro. Muerto este caballo descogió don Luis un hijo suyo que le llamaban Manrique, no menos bueno que su padre si no mejor porque tenía los barros derechos. Este echó siempre á sus yeguas hasta que murió el dicho don Luis Manrique, teniendo más de cinquenta yeguas apuradas de Guzman, por que las criaderas que tuvo del caballo de Xerez desbirose luego dellas y aunque en su testamento mandó algunas yeguas y potros

a algunos caballeros amigos suyos que
 tenía muchos y a todos los contentó
 y por ser frayle y entonces no podere
 casar los de aquella orden, heredó
 su Magestad del Rey don Phelipe
 segundo, que entonces gobernaba,
 envió un juez pesquisidor para
 recoger el espolio que como Maes-
 tre le tocaba. Este juez venido que
 fue recogió todas las yeguas y potros
 que el dicho Don Luis había man-
 dado en su testamento y hizo al-
 moneda de todo y en ella se
 vendieron las yeguas y potros
 y todo lo demás. Acudieron mu-
 chos caballeros y labradores a
 comprarlas y entre los quales
 caballeros acudio Martin Bernan-
 der de Córdoba Ponce de Leon, nieto
 del Conde de Cabra y virnieto
 del Conde de Arcos, padre que
 fue del padre Maestro fray Gaspar

de Cordoba, confesor del Rey nuestro
señor don Felipe Tercero y de su
Consejo de Estado. Este caballero
hubo de esta almoneda veinte ye-
guas y dos potros; entró en la
caballería todas veinte yeguas y las
domó hasta que pudiesen ver si
corrían debajo de la silla. Hecha
esta experiencia, todas las que
corrían muy aprisa las soltó al
jirado, que de veinte casi no
hubo que desechas. A estas las
cubria uno de los potros que
sacó del almoneda. Vino a afi-
nar esta casta de manera que
sirobando ni de veras salía caba-
llo malo sino que en todo eran
extremos y sacando gran can-
tidad de caballos puros quiso
vender ninguno sino presen-
tados a los principes y se-
ñores de la comarca. Entre

ellos dio un bazo al Duque de
Arcos, el mayor extremo que se
vio jamás. En esta sacon vino
de Milan el Duque de Sesa Don
Gonzalo a quien fue luego a ver
el dicho Martin Fernandez de
Córdoba y le sirvió con todas
las yeguas y potros que a la
sacon tenía, dádiva de un tan
gran caballero, porque de
más de valer mucha cantidad
de Ducados la estimacion y
conocimiento que por los ca-
ballos se tenía de su persona
era de manera que fue el
caballero más conocido de todas
las naciones del mundo que
hubo en su tiempo. El Du-
que recibió el presente tenien-
dolo en lo que él merecia y sa-
tisfaciendo lo que era valor del
como príncipe tan pródigo.

01
Era á la sazón su caballero ma-
yor Juan de Valencuela un
caballero muy principal á
quien el Duque quando se vol-
vió á Italia le dio las dichas
yeguas, recibiendo las el dicho Juan
de Valencuela por una dádiva
y merced muy grande y las
conservó toda su vida sin echa-
rles otro caballo ni juntar otra
yegua de otra vara sino de
aquellas apuradas, sacando ex-
cellentísimos caballos y potros
y siendo por ellos el caballero
más conocido que hubo en su
tiempo así de Reyes y prínci-
pes christianos como de las
demás naciones: no consintió
jamás que el hierro que echa-
ba á sus yeguas y caballos se
herrase otro caballo ni yegua con
él sino fuese la de su casta

el qual hierro era un coracon. Nunca
 jamas vendió yegua ni potrancia si-
 no en siendo la yegua vieja que
 no paria la aporreaba. Valiente cada
 año los potros y caballos que criaba
 y vendia dos mill ducados, y nunca
 le valieron menos que mill los po-
 tros, los vendia en el vientre de las
 madres a condicion, si era macho
 por cien ducados y si fuese
 hembra no se vendia, y así los
 que él criaba siempre eran el des-
 hecho y con sello sabian exce-
 lentisimos caballos sin errar
 ninguno. Murio el dicho Juan
 de Valencuela y heredó su hijo
 don Hierónimo de Valencuela,
 cavallero de la orden de San-
 tiago, las yeguas que subian
 de sesenta y muchos potros
 y cavallo, conservolas algunos
 años, al cabo de los quales causaronle

y comencose a deshacer de ellas,
repartiendo las entre sus amigos
como reliquias por precios muy
excesivos, que los potros que ven-
dia el dicho don Jerónimo de
Valencuela, el que menos precio
tuvo de dos años fue por ciento
y cincuenta ducados y muchos
vendió por doscientos y cincuenta
y otros a doscientos; y así las
yeguas que vendía^{an} era por pre-
cios muy grandes. Compró gran
cantidad de ellas Don Luis Gomez
de Figueroa y Cordoba, caballero
del hábito de Santiago y señor
de la villa del Encinar de Villa-
seca. Este caballero es el que
hoy tiene la casta apurada, que
aunque otros muchos tienen
de las yeguas, nadie las tiene
de las apuradas como el dicho
Don Luis Gomez: vende pocas

potros, porque esos que vende son
 por precios tan excesivos que
 parece patraña el decirlo, por
 que potros de dos años y medio
 los vende a quatro y cinco mill
 reales y con esto no hay nadie
 que trate de comprarle ninguno.
 Da muchos a sus amigos, así
 a caballeros como a labradores
 como a otras gentes que tie-
 nen yeguas para que los
 echen por padres; otros da a
 algunos principes y señores
 amigos suyos y desta mane-
 ra casi no hay caballo ni ye-
 gua en Cordova que no tenga
 desta vaca, y porque es bien
 saber cómo se han de domar
 y dotrinar pasemos al capi-
 tulo que se sigue.

Capítulo II.

Cómo se han de domar los caballos gormanes, que por otro nombre se llaman Valencuelas y dotrinarse despues de domados.

Como caballos tan apurados y tan diferentes en todo que los demás por las causas referidas, tienen necesidad de diferente modo de doctrina y enseñanza que los demás, y así quien hubiere de criar estos caballos no tiene necesidad de mirarles colores ni señales como a los demás potros; solo se ha de certificar de que sean derechos gormanes y que tengan salud sus miembros enteros y

sanos, que no tengan esparabanes
ni otras lesiones y fealdades por don-
de suelen perderse. Satisfechos de lo
dicho le entrarán en la caballerica de
dos años y medio, que viene a ser
a los primeros de Agosto, porque
los calores y soles no los grase o
por lo menos entrillos de tres
años; si se entraren por Agosto
es menester que se anden algunos
dias sueltos por la caballerica,
procurando el uoco de caballos
con halago y blandura quitarles
la bronquedad y aspereca que
traen del campo, trayendole la
mano por la cara y los oidos y
por todo el cuerpo. Fa que el
potro este algo amigo de la gen-
te, se le pondra una paguina
con un cabestro largo y se atara
al pesebre algo largo, porque si se
atafagare, tenga lugar de hacerse

hacia atrás sin tanto preuicio como
si estuviera atado corto y desta ma-
nera estará algunos ocho o diez
dias, teniendo el moço cuidado de
traelle la mano por la cara y
ojos y por el cuerpo con toda la
blandura posible y amistad ha-
biéndole sin darle ni amenaralle
aunque haga porque y comenca-
lle a almorzar muy suavemen-
te, de manera que no le lasti-
me con el almohaca, alcan-
dale las manos y los pies a menudo
y a todo esto ha de estar sin perbar-
se. Luego le echarán la silla sine-
ta sin estribos ni pretal y no le
aprietén mucho la cincha porque
no se congoxe y tome algun
resabio. Puesta la cincha le
echarán un freno de la gineta
catillo que se entiende los tiros
cortos y sin luneta y le sacarán

de cabestro por la calle paseando hasta que el potro esté ya bien maduro. Luego se herrará y se le pondrá la silla con estribos y subirá un hombre en él, llevándole otro el potro de diestro, de manera que el que va encima no ha de hacer más que si fuera un costal de arcina. Porque ya el potro se viene en la disposición que sabe andar y que andará sin que le lleven de diestro, se lo entregarán a un domador cuerdo que con un cabicón le traya por las calles, y si acaso se asombrare, como es de ordinario, no le den, sino le pare y le haga y luego le pase por la tal cosa de que el potro se asombrare, si la tal cosa pase por él, como si es coche o carga, teniendole a él parado y hala-

05
gandole, y viendo el potro que aquello
no le hace mal, pierde el miedo
para otra vez. Y advierto que no
le deen, porque si una vez toma
un mal siniestro, no son potros
estos que con el castigo se lo qui-
tarán, sino renegarán más, que
como son hidalgos, llévase muy
mal por mal, sino con halago
y blandura harán dellos lo que
quisieren, que es menester usar
con ellos lo que con los neblies de
la red que se toman en España,
que es menester gran tiento al
hacellos, así de capifote como del
mismo caçador, que si una vez
se asombran, con muy gran di-
ficultad se les quita. Yo vi un
potro de Juan de Valencuela,
que se llamó el Perfecto, el pri-
mero que tuvo este nombre y con
muy justa razón, porque fue ex-

tramo en todo: este caballo siendo de cinco años queviendolo un dia ver correr, sacaron un pretal de casca-
beles para ponersele. El caballo se recato del. Tomo el pretal Don Jeronimo de Valencuela para ponersele y porque se volvió a recatar dióle con él en la cara.

Ofendiose tanto el caballo que jamás lo consintió y otros muchos se han perdido por hacerles sin racones quando potros.

Luego en llegando al mes de Octubre al fin del, se les ha de dar verde que llaman de Todos Santos quince o veinte dias, porque con él purgan el perco de la debesa y los verros y quedan tim-
prios y purgados y dándoles luego el verde temprano, quedan con mucho lustre y fuerza y con el verde de Todos Santos no los han de sangrar y por esta orden se

han de sustentar hasta que ten-
gan quatro años cumplidos, y el
verde de fodos. Santos no se les ha
de dar más que el primer año,
sino es que queden tan desme-
crados que sea menester darse lo
otra vez el segundo año; y en todo
este tiempo el domador use más
de asirse al cabecon que a la rienda
y no de manera que le muestre
algún trato sino dexele andar
su paso suelto sin que se meta
en darle ayre ni huella, sino solo
que ande seguro por las calles. La
misma orden se ha de tener
en los que se entraren de tres
años. Desde que el potro
haya hecho quatro años y me-
dio se le quitara aquel freno de
la gireta y se le pondrá un
cañon de la brida blando, con
los tiros largos o cortos conforme

a la cabeza del caballo, solo se ha de procurar que el dicho freno no se le venca echalle una silla de la brida y que suba en él un hombre que lo entienda y lo muestre a revolver a una mano o a otra con suavidad. Desde que el caballo esté que se le quedaran asir a la rienda, echalle un cabecon de hierro, subiendo en él persona que lo sepa ajustar y afirmar y lo muestre a parar desta manera. Después de puesto su cabecon de hierro, tomando en la mano muy pa-
rejos los caños del y no muy apre-
miado, se saldra al campo y buscara una carrera llana y sin piedras, le paseara y al cabo de la carrera le dara mas vueltas en vedando algo largas sobre la mano Derecha de paso

(1) Sic.
repetido.

de paso (1) y que siempre vuelva el caballo al rostro y las caderas en un ser, que no vuelva al rostro por una parte y eche las caderas por otra, de manera que aunque la vuelta ha de ser como tengo dicho en redondo, el caballo ha de ir tan sesgo y tan parejo en ella como quando camina derecho por un paseo largo y el rostro tan derecho y firme que no ha de andar torcido ni bajo ni alto fino en un ser y así aunque el cauecon ande suelto con tomar el de la mano derecha y tenello tirante en estas vueltas basta de manera que antes traiga el caballo un poquito inclinado al rostro a la mano derecha, que desta manera lo vendrá a traer en su lugar. Desque ya el caballo sepa tomar las vueltas se sacará al trote una carrera raconable y

se empapará en él, porque con el trote
 toman ayre y huello y se afirman
 de rostro. Luego al cabo de la carre-
 ra en habiendola pasado de trote, se
 fosegará un poco y se tomarán las
 mismas vueltas de trote que dije de
 paso sobre la mano derecha y ha-
 ciéndose en un lugar, siempre se
 hacen unas estampas en el suelo.
 Porque el caballo esté ya empapado
 en el trote y en las vueltas se saca-
 rá de trote y a la mitad de la carrera
 le tomarán de galope, llevando muy
 pareço el cabeçon y riendas y quan-
 do él vaya metido en su galope se
 parará con riendas y cabeçon, de
 manera que entre con tres o qua-
 tro trastes, describiéndose luego se
 ha de parar y fosegallo y tomar
 sus vueltas de trote, como he di-
 cho, y que el trote no sea muy so-
 berto. Porque ya el caballo tenga

estos principios se ha de sacar de trote hasta la mitad de la carrera y luego la otra mitad de galope y al cabo de la carrera darle recio con los pies que comience a correr y estonces desque este encondido paralelo recio con freno y cabecon, de manera que pare derribandose y zozogallo y que de sus vueltas de trote como esta dicho.

Ya que el caballo sepa derribarse, si se acortare en el parar, porque con el miedo del cauecon a dos trastes se suelen quedar parados, es menester con blandura parallos para que vengan a dar los trastes que el maestro quisiere.

Ya que el caballo este muy diestro en esta licion y supiere correr y parar por estito y cuenta, se parara al principio o al cabo de la carrera, en la parte

donde se suele salir a dar lición
 y teniendo el rostro en su lugar
 se le dará con el pié derecho ayu-
 dado con la vara por detrás de la
 pierna con el pié que le estuviere
 dando, desta manera se irá el caba-
 llo desviando de aquel pié hacia
 un lado, llevándole un rato el
 que quisiere el que le muestra-
 re y allí le parará y le volverá
 a dar con el otro pié y vara al
 contrario del que le dió y vol-
 verá a huir de aquel pié para
 esotro lado y esto se haga hasta
 que el caballo conozca muy bien
 los pies, que para apartalle de
 otro caballo no sea menester más
 que acometelle con cualquier pié
 para que se desvie. Ya que él
 sepa y conozca los pies, mano
 y habla y este firme de rostro,
 se le ponga un freno de la

45
günetta conforme a la boca y lengua
de el caballo, el que mejor le
armare, que estando firme a
la brida y siendo natural de boca
qualquier freno natural le arma-
rá; se le pondrán espuelas de has-
ta y se le comenzará a hacer mal
con ellas, no lastimandole mu-
cho al principio algunos no usan
estas liciones para mostrar pa-
var los caballos, lo que hacen es
irse a unos pendines y arrojar
por ellos los caballos, y en mitad
del pendin danles recio con los
pies y de golpe lo van parau-
do. Sospecho que en hacer
esto se yerran mucho, porque
cuasi todos o los más caballos como
trabaxan tanto en los pendines,
cobran tanto miedo que vienen
a no parar y a rehusar el baxar
por ~~ellos~~ los pendines, aunque

sea paseando; solo me parece que se
 ha de usar con los caballos de grandes
 y recias guisadas y que en lo lla-
 mo no no quieran parar, a estos ^{tales} es
 bien llevarlos a los pendones y a
 fuerza de brazos y piernas hace-
 les en ellos meter los pies. Des-
 que un caballo esta muy doctrina-
 do y muy diestro en lo que he
 dicho, jamás hace desconfianza ni
 desman en fiestas ni en toros
 y como estos caballos han menes-
 ter toda esta doctrina y a muchos
 que llevan a Castilla como los
 compran muy en agrar y quie-
 ren alla usar dellos como caballos
 no siendo sino potros, porque
 de seis años realmente lo son,
 han echado a mill caballeros por
 las orejas y muchas veces las
 sillas dando corcobos, quedandose con
 las cinchas puestas. Asi han

28
cobrado opinion de caballos gallinas
y cobardes, no teniendo ninguna
culpa los dichos caballos, sino quien
quiere usar de un potro como si
fuera caballo y asi se vee por ex-
periencia que estos mismos caballos
que han hecho estos Desmanes, en
entrando en edad nunca han hecho
ningun Desconcierto, aunque anden
a los toros y hagan mill caballerias
en ellos. Y asi en el caballo en que
se perdió el Rey de Portugal Don
Sebastian fue desta vaca y por ser
muy valiente caballo le escogió el
Rey para la batalla, y si no
mataran al Rey, el caballo le
sacava de toda quanta morisma
se junto. Otros muchos le visto
que en pendencias les han dado
muchas cuchilladas en la cara
y han estado tan firmes como
si fueran de bronce. Otra he

visto torear en ellos y dallas de los
 pies hacia la cara de un toro y pa-
 sar por cima. Otros he visto pa-
 sar por cima de biguerras que
 hacen los muchachos en verano
 por las calles; otros pasar por de-
 lante dellos una compañía de sol-
 dados haciendo salva con los mos-
 quetes y arcabuces y dallas con los
 tacos en la cara y no hacer nin-
 gun mudamiento. Todo consiste
 en dexarlos anexar, que desta ma-
 nera son los más salientes y más
 de provecho de todos, y tanto que
 de veintiquatro años están tan de
 provecho y tan lindos como si
 fueran de ocho años; y pues
 queda dicho cómo se han de
 doctrinar los caballos, comen-
 ces a tratar lo que han de
 hacer los cavalleros moscos para
 ser muy buenos hombres de a

cauallo.

Capitulo III,

que trata lo que han de hacer
los principiantes para ser
muy buenos hombres de
a caballo.

Tres cosas ha de tener el que hu-
biere de ser muy buen hombre de
a caballo, que son aire, mano
y don de las pies con mucha sol-
tura en la silla y fortaleza. Las
dos primeras como son aire y
mano es don que Dios dió a cada
uno, lo demás con los maestros
y estudio se aprende y cada una
ellas estan esencial, que si
falta qualquiera de las dos pri-
meras no se puede llamar nin-
guno hombre de a caballo, por

que aunque tenga muy lindo aire y
 vaya muy cerrado dando con los pies,
 si tiene mala mano, andara el caballo
 con el muy disgustado y desabrido ni
 parara por cuenta ni aun correra de-
 recho y esta falta sera notable, por-
 que no trayendo el caballo gusto en
 la boca y el Rostro en su lugar no po-
 dra hacer cosa bien hecha. Si tiene
 buena mano y tiene mal aire, estam-
 bien una falta notable, porque
 un hombre sin aire no puede
 hacer cosa que parezca bien, y así
 suelen decir a los hombres desta ma-
 nera, fulano es un cesto. Teniendo
 estas dos cosas que son las esen-
 ciales como he dicho que es gra-
 cia del cielo, lo demás se aprende
 con buen maestro y exercicio ha-
 ciendo estos principios. El Caba-
 llero en teniendo edad suficien-
 te como es de diez y seis a diez

75
y siete años, ha de buscar un caba-
llo blando y de muy buena con-
dicion, muy diestro en los trotes
y galopes, en este tal caballo man-
darlo ensillar a la gineta, requi-
riendole la cincha, acciones y los
alacranes del freno y tornillos
de las riendas, que estas cosas
no las ha de fiar de caballero
ni de otra persona que la suya.
Despues de puesto el demas ad-
reco, subira en él, poniendo los
estribos en el punto que juicie-
re su disposicion, no más lar-
gos ni más cortos que en estan-
dose en ellos el arcon delantero
pueda entrar y salir por en-
tre las piernas no con mucha
holgura. Ha de procurar a la
gineta y a la brida ir sentado so-
bre el cul llon (sic), como dice el ita-
liano. Desta manera llevara muy

buena ayre y tomara el lugar de
 la silla. subido que sea en su
 caballo y puestos los pies en los
 estribos, en el punto que he
 dicho, mirara que vayan tan
 parejos que no diferencie uno
 de otro un canto de real. Man-
 dara que le alcen las espuelas de
 la sineta, teniendo las dichas
 espuelas en las puntas de los boton-
 cillos como garuancos, u que
 esten tan botas que sea impo-
 sible sacar sangre ni herir con
 ellas al caballo, poniendo la
 mano de la rienda sobre la
 ropa de la silla y adereco que
 esta debajo del arcon delantero
 sobre lo que cae por cima de
 las chinas, no dandole al ca-
 ballo mas holgura ni mas
 premio de el que tubiere ne-
 cester. Las espuelas han de

ir muy apretadas baxandole las
juntas casi fuera del calcañar
no (del todo fino casi fuera, sa-
cando las juntas un poco há-
cia fuera. El pié ha de ir tan
derecho en el estribo como si es-
tuviera puesto en el suelo, de
manera que el calcañar no va-
ya ni bajo ni alto, porque de
cualquiera de las dos maneras
parece muy mal y mucho peor
alto que bajo. Las juntas de
los pies han de ir pegadas a la
cincha del caballo, antes para
adelante que para atrás. Los es-
tribos no han de ir las haceras
derechas fino un poco torcidas,
que parece muy bien. Puesto
en esta postura que he dicho
se saldra al campo a algun
callejon o camino largo y dere-
cho sin piedras ni barrancos

y puesto en él se quite la capa
 y en cuerpo saque su caballo ga-
 lopeando levantado sobre los es-
 tritos, los pies muy cerrados y
 muy pegados entre la cincha y
 el codillo del caballo y los pies
 tiesos sin meneallos ni dar con
 ellos en ninguna manera, el
 cuerpo derecho y avrimadas las
 calcas o calcones al arcon trasero,
 no de manera que vaya sen-
 tado sobre él sino solo avrimado,
 el rostro mesurado mirando por
 entre las orejas del caballo y sea
 la postura de manera de la cara
 y ojos que no vaya mirando al
 suelo ni al cielo sino por el
 filo en la postura y mesura que
 fuere con el aire del caballo, el
 brazo derecho caído sobre el
 muslo derecho, llevando en
 la mano las riendas, justa-

mente lo que hay de compás de
la mano izquierda a la derecha,
antes un poco más larga que
corta, puesta como he dicho so-
bre el muslo derecho; y en esta
postura irá galopando tieso
el cuerpo y levantado sin hacer
caladas ni meneos, y los pies
tan firmes que por cansado
que esté no los engargarte (sic):
vaya toda la carrera o camino
galopando o trotando sin correr,
ni le pase tal por el pensa-
miento, al cabo de la qual para-
ra y descansará, y desta manera y
en este ejercicio gastará aquella tar-
de y otras muchas hasta que esté
muy fuerte en esta postura sin
cansarse ni hacer ninguna calada,
como es sentarse ni levantarse,
que a este (sic) se llaman caladas,
fino que esté tan derecho y fuerte

como si fuera de bronce. Desde
 este ya diestro en esta postura po-
 drá con la misma dicha con el aire
 de los galopes ylle dando con las es-
 puelas de abajo para arriba, quita-
 dor los botones y sacadas las juntas
 a las espuelas, que yendo levanta-
 do y fuerte será imposible dar con
 ellas de otra manera. Ya que
 sepa dar con los pies, pondrase su
 capa y espada: pondrase la capa de
 esta manera para haber de correr:
 despues de cubierta su capa como
 cuando se va a pasear, echará el
 cabo del lado izquierdo sobre el hom-
 bro izquierdo y lo que queda de de-
 lante en el mismo lado la entrará
 por debajo el brazo izquierdo, que
 dando la garnicion de la espada
 libre. La capa ha de ir por debajo
 de la capilla apuntada sobre el hom-
 bro izquierdo o con algun alfiler lar-

go o con alguna puntada, de ma-
nera que no se caiga ni se resbale;
el otro cabo que cae sobre el hombro
derecho ha de estar cubierto con el
hombro y brazo, como quando se va
a pasear y desta manera se pon-
dra al principio de la carrera con
la postura de pies, cuerpo y brazo
dicho y apretandose bien la gorra
le dara con los pies al caballo, y
al primer traste dexara caer la
capa del hombro derecho, de ma-
nera que quede descubierta el
hombro y espalda derecha, y
que la capa caiga sobre las caderas
del caballo, y al tiempo de parar
antes que comience a quebrar la
furia el caballo, quite la mano
derecha del lugar que la lleva-
ba y juntandola casi con la
izquierda, desde alli la saque por
la rienda adelante con el mejor

aire que pudiese hasta ponerla en
 derecho del oyo derecho, sin que
 pegue la mano a la cabeza, ni to-
 ha de tender mucho sino en el
 compás, que si con ira alcarse el
 puño para darle a uno un moxi-
 con, que alcandola y baxandola mu-
 chas veces, la vendrá a poner en
 su punto y lugar; y esto lo pro-
 drá hacer de noche, a la sombra
 de una vela. Adviento que no ha
 de sacar el brazo supitamente ni
 sin rienda sino escurriendo la ma-
 no por la rienda ha de sacar el
 brazo poco a poco y con mucho
 aire hasta ponerlo como está
 dicho en derecho del oido, y todo
 lo que durare parar el caballo
 lo ha de llevar alçado y aun tiem-
 po baxallo quando el caballo dé el
 postreo traste, Sabiendo con mu-
 cha destreza hacer lo que contiene

18
este capitulo, y para poder correr a
solas es menester buscar un caballo
que corra muy aprisa, claro y con
muchas determinacion, que este
tal caballo sera el mejor maestro
que podra tener para perfecciona-
rlo en los fincujios dichos.

Capitulo IV.

Cómo se ha de correr con lanza y
con cana. (sic.)

Primero que un caballero novel
corra en público tiene necesidad
de saber muy bien lo que ha de
hacer y estar muy diestro y muy
agil en todo, porque a los princi-
pios se cobra buena o mala opi-
nion, y si es mala aunque
despues haga milagros jamás se
obvida la mala opinion que
cobra, así mismo aunque la
cobra muy buena, no se desbaner-
ca con esto y entienda que ya
se lo sabe todo y que no tiene
más que saber fino que antes
puede él mostrar a todos; y suele
con esta presumpcion olvidar lo
sabido y quedarse como si no

28
hubiera aprendido nada, antes debe
estar con recato de que no lo hizo
bien y procurar siempre de sa-
ber más, preguntándolo a perso-
nas que le digan la verdad sin
adulación y que sepan decirle los
yerros que hizo para que se
enmiende. Desta manera ven-
drá a ser muy gran hombre de
a caballo. De muchas maneras
se corre con lanza y mill reglas
ay escritas desta caballería, así
para la paz como para la guerra;
como mi principal intento es
solo el de la paz y mostrar có-
mo un caballero sepa correr
su caballo en una fiesta y que
para esto esté tan Diestro y agil
que se señale entre los demás
que no quisieren aprender y
trabaxar, solo dice de la ma-
nera que en estas ocasiones

se usa de la lanca o caña, de la ma-
 nera que mejor parece y con más
 primor y gallardia asegurando que el
 que fuere muy grande hombre de
 a caballo en la paz lo tiene todo andado
 para la guerra. La capa para correr
 la lanca se ha de poner de esta ma-
 nera, volver el canto del lado izquierdo
 sobre el hombro izquierdo y tomar
 lo que cuelga por delante aquel lado
 y entrarlo por debajo aquel brazo, de
 manera que quede la garnición de
 la espada libre y la demás capa
 echalla por debajo el brazo derecho
 tomando la junta della y entran-
 dola por la pretina por los
 canos delante de la pretina, de
 manera que el ruedo de la
 capa cayga por cima de las caderas
 del caballo y calcas del caballero.
 Tomara la lanca, la qual lanca
 ha de ser de entrada de fiesta

no muy gruesa ni muy delgada y
comprada en la mano que haya
tanta lanca de la mano al hierro
como de la mano al cuento. Pon-
drase en la carrera para correr
teniendo la lanca sobre el hombro
derecho el hierro atrás algo alto y
el cuento adelante en derecho del ojo
derecho del caballo y en esta postura
dará con los pies al caballo y en co-
mencando a partir corriendo junta-
mente ha de alzar la lanca del
hombro muy despacio llevando la
mano hasta ponerla en derecho
del oído derecho, de la manera que
esta dicho que se ha de poner
al parar con la rienda. Puesta
allí sin parar a de ir volviendo la lanca
la punta adelante y el cuento para atrás
volviéndola no derecha sino con alguna
facion por cima de la cabeza y quando
llegue el hierro a poderse ver con los

gis a de ir baxando la mano y brazo ha-
 cia baxo en arco yendolo recogiendo hasta
 poner la mano y lanca sobre el hulto
 de la cintura del lado derecho con el
 hierro adelante y el cuento atrás y sin
 parar ni detenerse allí por la orden
 que la baxó la a de volver a subir has-
 ta ponerla mano en derecho del oyo
 teniendo el hierro adelante y en lle-
 gando allí a de trocar la mano: estan-
 do la lanca queda a de volver la mano
 sola, de manera que el dedo pulgar
 que esta hacia la punta se ha de
 volver hacia el cuento, quedando la
 lanca empuñada de la misma
 manera que quando se toma para
 herir con ella, desta manera dar
 dos o tres acometimientos hiriendo
 en el aire, luego destrocarse la vuelta
 de la mano trocando la lanca la pun-
 ta atrás y el cuento adelante echan-
 do la sobre el hombre derecho, que-

dando de la misma manera que cuando
comencó a partir. Todo este movimiento
de la lanza a de durar todo lo que du-
rare el correr del caballo, de manera que
en comenzando a correr el caballo, se
ha de comenzar a mover la lanza
por la orden dicha sin que en to-
da la carrera dese de moverse y jun-
tamente se ha de parar el caballo y
parar la lanza, quedando en el lu-
gar y postura que estaba quando
comencó a correr; así se ha de medir
el tiempo teniendo muy grande ad-
vertencia al trocar de la mano no
se caiga la lanza, porque es toda
la fealdad y desaire posible, y de
caerse es por la prisa que se dan,
que haciendolo muy despacio es cosa
muy fácil y sin peligro. Otras
reglas ay pero esta es la mejor y
mas usada en fiestas y mas airosa.
Para correr con caña de juego de

cañas se a de poner la capa como para
 correr un caballo a solas, como está
 dicho: ase de tomar la caña de ma-
 nera que no pese más el cabo que
 la punta y en comenzando a correr
 el caballo se ha de poner la mano
 con la caña en derecho del oído, en
 el lugar que se pone para parar
 el caballo quando se saca el brazo y
 el cabo ~~de la caña~~ de la caña a de ir en
 derecho del freno del caballo, que
 parecerá que le quiere dar con la
 caña en él y al primer tercio de
 la carrera y al segundo tercio a
 medio ayre a de baxar la mano
 con la caña dos o tres veces, una
 tras otra bajándola y subiéndola
 desde donde está hacia bajo súbito
 y parece muy bien y al tiempo
 de parar: en los trastes del caballo
 ha de hacer unas caladas para ade-
 lante hasta parar el caballo y todo

Lo Demás la a de llevar tiesa en la
manera que cuando comenzó a correr
asi la lanca como la caña se le
a de dar el mejor ayre que se pu-
diere, que en esto consiste el parecer
bien o mal.

Capitulo V

Cómo se a de usar del adarga para
jugar a las cañas.

Para jugar a las cañas requiere
mucho que el caballo sea muy a pro-
posito firme de rostro y que no
se asombre asi del adarga que tra-
sere encima como de las Demás,
que sea tan firme de rostro que
aunque en el puesto, como suele
suceder, le den un cañazo en la
cava lo sufra sin abombrarse, que

tenga muy buena boca; a se de ir un punto más largo los estribos para jugar las cañas que para pasar la carrera, por rason de los movimientos que se han de hacer en la silla, yendo más largo ay lugar de abrazar mejor el cavallo. Quanto a lo primero las manijas de la adarga se han de ajustar al brazo del caballero, de manera que alçando el brazo en alto quede el adarga tan firme en él que de ninguna manera se tuerca a una parte ni a otra. Si el adarga fuere de tres manijas, como ya lo son todas las que ahora se hacen, se pondra desta manera. La primera que pase del codo, si fuere ser, y fino que este muy pegada a él, y la postreva que este en la muñeca, de manera que de

la muñeca al codo estén todas tres
manijas, y como he dicho muy
ajustadas al brazo, quedando la
mano libre para tomar la rienda.
La caña soy de parecer que se le
eche unos patillos hechos unos
agujeros en las cañas, de manera
que no se hiendan y entrados den-
tro unos patillos que salgan afue-
ra por dedos, de manera que
haga fuerza en el dedo para tirar
y desta manera sale la caña de-
recha y con fuerza y se guía a
la parte que se quiere tirar y
se tira mejor y mas recia que
con todo el puño, que empu-
ñada la caña ni puede hacella con
buen ayre el que la llevara así
ni con tanta fuerza ni la sacará
derecha; y embracada su adarga
y tomada la caña en el dedo pue-
sto en su patillo partirá como si

fuese tras su contrario, en un calle-
 jon de el campo sin capa ni espada,
 que aunque son algunos de diferente opi-
 nion de jugar con capas y espadas, a
 los maestros que yo tuve que eran
 muy grandes caballeros y muy valien-
 tes xamás hicieron tal ni yo lo he
 visto, aunque lo he oido practicar; por-
 que si el juego es de amigos, de muy
 poco provecho son allí las espadas, sino
 es para embaracar y más si son de
 cinco palmos las que ordinariamente
 usamos. Si el juego es de bandos y
 enemigos mejor es alancearse que darse
 de cañazos; si es ocasion casual muy
 resatinado ha de ser el hombre que
 diere ocasion al otro viéndose sin
 espada a que lleguen allí a las
 manos. Si otro diere la ocasion
 itan fatto ha de ser de sufrimiento
 que no le tendrá hasta llegar a su
 criado y tomalle la espada y con

27
ellairse para el otro y respondelle o
heville, que como dice Alonso fa-
pardo en sus proverbios: No sabe
vengar injuria, quien no la sabe
sufrir. Así que soy de opinion que
en juego de cañas, de capas y gorras
no se ha de jugar con capa ni es-
pada. Luego que parta, como
atrás tengo dicho, con su adarga y
caña al cabo de la carrera tirará la
caña derribándose primero para
tomar viento y aire y tiralla con
fuerza lo más que pudiese sobre
las caberas de su caballo y al vol-
ver se ha de enderezar con el ven-
to que ha tomado enhiesto en los
estribos, la tire juntamente parando
con su caballo, que despues de
haber hecho la caña el caballero,
el caballo no ha de correr mas
de los trastes que tuviere parando
y al postreo traste ha de revolver

su caballo sobre la mano derecha,
 habiendo trocado las riendas de la
 mano izquierda a la mano dere-
 cha y juntamente con volver el
 caballo se ha de revolver él con su
 adarga y el adarga sobre las caderas
 del caballo en esta manera. El
 adarga la ha de llevar tan pegada
 al cuerpo que parezca que va cla-
 vada en él; y para que parezca esto
 se ha de pegar el codo izquierdo so-
 bre el hueso de la cintura del
 lado izquierdo y se ha de volver
 muy bien en la silla enhiesto
 en los estribos y que las calcas
 de la pierna izquierda encajen
 en el hueco del arco trasero
 de la silla y el adarga sobre las
 caderas de el caballo, de manera
 que vaya un poquito quebrada
 sobre las caderas y de esta ma-
 nera quedará el vestro del caballo

libre por cima del arquillo del adarga. La
pierna derecha y el pie ha de ir tan
derecho y tan pegado a la barriga de
el caballo como cuando vá pasando
la carrera; el izquierdo ha de ir de
fuerza abierto y la punta de la es-
puela hácia la barriga del caballo
y así es menester sacar la punta
de la espuela hácia fuera y la
mano derecha con la rienda ha
de ir en el mismo lugar que vá
la izquierda quando se corre el
caballo y revolviéndose bien en la silla
irá fuerte y todo lo dicho en su lu-
gar; desta manera volverá revol-
viendo hecha la caña y cuando
le parezca que llega al puesto
se dejará tender hácia el cuello
del caballo, llevándose juntamente
consigo pegada el adarga al
cuerpo por la orden y modo di-
cho y sin más diligencia que

dara tan adargado y cubierto que no
 le hallara caña aunque le quieran
 dar de través, lo qual no quedava
 si tendido el cuerpo sobre el cue-
 llo del caballo, como esta dicho,
 desvia el adarga de si, como lo
 hacen algunos, por llevar el adar-
 ga levantada y es falso. Otros
 al tiempo del cubrirse llevando el
 adarga, como he dicho, dexan caer
 la cabeza sobre la misma adar-
 ga y es tan falso y peligroso
 que jamas queda la cabeza bien
 cubierta, y quando lo queda,
 la gorra y las plumas no
 lo quedan; y asi muchas veces
 se las sacan de la cabeza y yo
 he sacado alguna: demas de
 que ay otro peligro, que un
 buen bracero sobre la adarga a
 dado cañaco en la cabeza y hecho
 un muy buen chichon, y si se

98
toman Traveses sin que se eche
mucho de ver queda el cuerpo
á terreiro. Fodra estos inconvenientes
cesan cubriendose de la otra ma-
nera y advierto que despues de
entrada una vez la cabeza no se
ha de sacar ni desadargarse has-
ta que entienda que sus ami-
gos van dando la carga.

Tambien vuelvo á advertir que
el adarga vaya muy ajustada
al brazo, porque de no ylo,
sucederá siempre lo que vi en
Sevilla en la placuela del
Duque de Medina en un rego-
cijo que hicieron al Conde de
Puno en rostro por un hijo que
le habia nacido, el qual posa-
ba en las casas del Duque; y
asi se hizo allí una fiesta de
Foros y juego de cañas, habiendo
un caballero hecho su caña

y revolviendo su caballo luego que
 trocó la rienda de una mano a
 otra, queriendo él revolverse se
 le cayó el adarga en el suelo: yo
 dije a tor que conmigo estaban
 que de no llevar el adarga ajus-
 tada al brazo se le había caído;
 ellos dijeron que no, sino de
 habersele quebrado las manixas.
 Fue un criado a-sabello y ha-
 llaron que era lo que yo había
 dicho. Tampoco es bien hacer
 la caña en el que se adarga
 mal, que es matar un ve-
 nado en el pardo o arañer,
 que más gusto es matarlo en
 esa tierra a-la brama o arrece-
 cho que no en un coto donde
 están mansos: diferente gusto
 es y más sabroso queda el
 frasco hacer la caña en un adar-
 ga de ^{un} muy buen hombre de

a caballo y mas si se le lleva gorra
o pluma o cucullada de calças,
que no es un principiante o mal
oficial. Tomar traveses es una
cosa muy mal hecha, pero se
entiende en aparejando con el con-
trario y dalle de través, esto es
lo prohibido y que no se pue-
de hacer; pero jugando de
quatro en quatro o de ahí pa-
ra arriba yendo tras de sus
contrarios dos cuerpos de caballo
dexándoles alargar y que desde
allí entresaque a el que le pa-
reciere, esto es permitido y mu-
cha costura. Quando llegue-
mos al capitulo de fiesta, di-
re la forma de los juegos y
cómo se han de entrar y sa-
tir, porque todo lo dicho en
este capitulo solo es mostrar
a un principiante para

hacello diestro y agíl en el adarga.

Capítulo VI.

Cómo se han de tirar los bohordos
ó cañas.

Los caballeros moços y galanes
y más si están bien enamorados.
Tienen obligación de señalarse
en las fiestas que entraren y
procurar hacer más que los
otros, unos con esperar con
lanca cara a cara a los toros,
otros, otros con el garrochon,
otros con la vara ó caña, ha-
ciendo mill suertes con los
toros, otros dándole cuchilla-
das, otros socorriendo peones,
otros tirando cañuelas, que no
es la menor picaría y gentileza
que se hace a caballo, y así

requiere grandes requisitos. El primero es la agilidad y soltura en la silla, el segundo ser muy bracero y muy airado, el tercero buscar caballo muy á propósito para esta caballería, que corra muy aprisa, muy claro y con mucha determinación. Con estas prevenciones dichas buscará el tal galan unos carricos o cañas que se crían en la Sierra, que tienen los cañutos muy juntos y no son muy gordas las dichas cañas, y traídas las mandará mondar, forstar y enderecar. Han de quedar tan largas las cañuelas, como el mismo estado del que las tirare, que puesta su gorra y puesto el cabo de la caña en el suelo, la

punta ha de emparejar con
 la copa de la gorra. Hase de
 mandar hacer un aniento, que
 así se llama, de seda cruda de
 una tercia de largo, con una
 lacada escurridica en un boton,
 a una parte y a otra hacelle
 un nudo: la lacada es para
 entrar el dedo y hecho al cabo
 el nudo ha de tener una tercia
 con el dedo al nudo, ha de ser
 tan ancha como por pajas
 ceuadacas o media cinta de ata-
 car; ha de ser de seda cruda,
 porque respide mejor la caña.
 Hase de poner el nudo del
 aniento despues de estar la
 lacada ajustada en el dedo pri-
 mero de la mano como no
 sea en el pulgar o en el se-
 gundo si se fiere mejor maña,
 que primero se ha de ensayar

a pie que a caballo; el nudo
del aniento se ha de poner
sobre un nudo de la caña, en
la parte y lugar donde mejor
le pareciere que saldrá la
caña o a el ~~postres~~ tercio de
la caña o poco más arriba que
la mitad, o como he dicho
donde mejor le pareciere y
para una vuelta a la redon-
da de la caña con la demás
de la cinta, de manera que
quede el nudo debajo de la
vuelta apretado, de manera
que no se escurra y tomar
la caña entre el dedo pulgar
y los demás dedos, quedando
el dedo que estuviere en la
lacada más alto que los demás
dedos y cargado en su aniento
que le tenga tirante y tieso
pegado a la caña y desta ma-

nera a pie la puede tirar saliendo
 unos pasos corriendo y revolvien-
 do atrás el cuerpo y tirandola hasta
 que la sepa muy bien arrojar por
 esos aires y no hade ir cargada
 la caña, el cañuto postero el más
 grueso con arena ni con plo-
 mo ni con cera, porque yendo
 cargada sube muy alta la caña
 y cae allí luego y parece muy
 mal. Desque este muy diestro
 a pie en tirar las dichas ca-
 ñelas, subirá en su caballo y
 sin capa ni espada tomará su
 cañuela por la orden dicha y
 pondrase al principio de la
 carrera, teniendo la mano con
 la caña puesta en la cintura
 sobre el hueso del lado derecho
 y la punta de la caña que
 cruce sobre el cuello del caballo
 y en esta postura le dará con los

64
pies al caballo y en comenzando
a partir corriendo levantará el
brazo sacándolo para afuera y le-
vantándolo para el oído derecho,
yéndolo revolviendo sin parar ha-
de revolver la caña sobre la
cabeza revolviendo también la ma-
no con ella en derecho del oído
derecho, volviendo la punta de
la caña atrás y el cabo adelante
y todo ha de ser sin parar la
mano, quedándose la mano en
derecho del oído en el lugar que
se saca la rienda cuando se
corre el caballo, como está dicho
en su capítulo. Allí se ha de
hacer dos o tres tientos a la
caña, sacando la mano hacia
fuera bien un palmus o menos
haciéndola temblar, luego se ha
de soltar la rienda al caballo que
quando el boton ajustado en el lugar

donde estaba la mano y suelta la
 rienda de la mano con la mano izquierda
 se tomara el cabo de la caña y con en-
 trambas manos se movera hacia el
 lado izquierdo como para tomar vuelo
 y luego se derribara sobre el lado de-
 recho en las ~~posiciones~~ caderas del caballo
 todo cuanto pudiere y al levantarse
 sobre los estribos con el aire del
 caballo y vuelo del cuerpo despedira
 su caña, procurando vuela por
 cima de los andamios y ventanas
 de manera que no quede en la
 plaza; y en despidiendola cobrara
 sus riendas y sin sacar el bra-
 co parara su caballo; y advertido
 que al derribarse este muy apre-
 tado en la silla, no se le salga
 el caballo y caiga, como le sucedio
 a un caballero de Cordoba harto
 galan que ensayandose en esta
 caballeria, al tiempo que se derribo

sobre las caderas del caballo, como se suelta la rienda, se le salió el caballo y cayó y se quebró el brazo por tres partes, quedando sin provecho del brazo para esta caballería ni para otra: es caballería esta que haciéndose con aire y soltura es la que más bien parece en todas y la más bizarra.

Capítulo VII.

Cómo se a de esperar con lanza a los toros cara a cara.

Cosa muy sabida es que todas las cosas, para que se hagan con perfección, se an de usar y exercitar, y desta manera se hacen los hombres maestros de ellas. Esto

es tan cierto y opinion tan asentada
 que hasta los animos es menester
 exercitallos, que se a visto por ex-
 periencia dos animos iguales de
 dos hombres muy valientes, seguir
 uno la guerra, tener uno tan
 perdido el miedo a los mospquetes
 y culbrinas que no duda subir
 ni arremeter a qualquier bateria
 por dificil que sea; y el otro del
 mismo animo que el luego que
 llega al exercito ofrecerse una oca-
 sion de la dicha, aunque no le
 falta animo ni por falta del de-
 para de emprender qualquier cosa
 peligrosa, mas con el desuso de
 no haberse visto en cosa seme-
 pante, va con una manera de
 recato muy diferente que el otro:
 así ni más ni menos todo lo que
 usan llegar a los toros haciendo
 en ellos qualquier género de caba-

24
Verías muy diferente se llegan a
ellos y con diferente desenvoltura
que el que nunca se ha visto en
tal derrigor (sic). A nadie obliga la gi-
neta por más diestro que sea en
ella a que espere con lanza ni
con garrochon ni con vara ni
con espada a que haga suertes
con los toros: quien le obliga
a esto es el brio y bicarria de
cada uno y el estar bien ena-
morado o quererle señalar
delante de sus Reyes o de algu-
nos grandes señores. (Deter-
minado por alguna destas)
cosas a hacer estar caballeria,
hay necesidad que sepa lo
que va a hacer, porque es
una de las mas bicarras cosas
y más arriscadas de quantas se
hacen y la mas de caballeros;
es suerte que no tiene disculpa

si la hace con Demostracion de estar
 Turbado y no en sí. En suerte que
 toda la plaza lo esta mirando con
 la mayor atencion y silencio
 del mundo, que parece no pes-
 tañear nadie aguardando el
 suceso; y la primer regla⁽¹⁾ que
 a de llevar decorada la repor-
 tacion y ánimo y estar muy
 en sí y llevar tragado que a
 de rodar por el suelo; y con ha-
 cer esta demostracion y sem-
 blante de estar muy en sí, a
 cumplido bastantemente, por
 que de lo demás que sucedie-
 re, no siendo por defecto de
 ánimo, se a de atribuir a la
 buena o mala fortuna. Des-
 pues de sabido el peligro a que
 se pone, que es a ser juzgado
 de tanta diversidad de juicios
 como ay en una fiesta, buscará

(1) Sic:
 falta
 es.

un caballo crecido, gordo y sosegado y algunos dias antes le hara pasear con unos anteojos y llevarle a la plaza al bullicio y rumor de la gente; alli le pasearan y le pararan mostrando que de diez o tres pasos y se pare a derecar su lanza o de fresno o de pino, como sintiere de si la fuerza. La lanza a de ser de diez y ocho palmos, de la mano al hierro a de tener once echandole atras un quento de plomo para que haga contrapeso y golpe al entrar el toro; el hierro a de ir muy afilado y la empuñadura señalada y encerada para que asga alli la mano y quando se la coen no tenga que hacer mas que poner en la señal la mano. El caballo ha de ir aquel

dia sin pretal, porque el toro no
 entre el cuerno por él como a
 sucedido muchas veces. El caballero
 no a de llevar espuelas de asta
 sino de pico de gorrion, porque si
 cayere pueda andar sin pesadumbre.
 Puesto en su caballo con sus anteojos en-
 trará en la plaza con un solo padri-
 no que vaya a su lado izquierdo
 y el lacayo que le llevara la lanza
 arrimado a la cadera derecha del
 caballo y desta manera entrará al
 tiempo que el toro este en el coru
 y que sea bravo y que otros ami-
 gos le hayan quitado los peones
 al toro para que este torregado y
 quedo. Al entrar de la plaza
 se rebocará la capa, echando el
 reboco sobre el hombro izquierdo, lue-
 go tomará la capa que le cae so-
 bre el brazo derecho, de manera
 que quede brazo y mano derecha

74
descubierta sin capa y en esta pos-
tura caminará hacia el toro y
en llegando al conyás que diere
lugar la braneca y determinación
de el toro, tomara la lanza po-
niendo la puntueria del hierro
entre los cuernos del toro, el
qual hierro a de ir derecho, no
el filo hacia abajo sino a lo la-
do, abriendose quedado el padri-
no y los venias bien atrás, de
manera que se vea que va
solo; y desta manera ira dan-
do sus pasos poco a poco ha-
cia el toro con tanto tiento y
orden que si el toro arreme-
tiere la cosa el caballo parado,
y el codo y brazo de la lanza
se ha de llevar cosido al pecho
para que con el cuerpo reciba
tambien el golpe del toro; y
en arremetiendo el toro a él,

irá bajando su lanza con la preste-
 ca o tibia que el toro entrare,
 procurando ponerse en buena
 parte y no erralla. En sintiendo
 que a encarnado la lanza pro-
 curará en todo caso quebralla, sa-
 cando su caballo por el lado izquier-
 do y aviendolo sacado limpio
~~saca~~ echará por ahí el cabo de
 la asta, y si el toro estuviere
 enredado con el padrino y con
 los peones, pondrá mano a
 la espada partiendo para el
 Toro. Si acaso está allí procurando
 quitalle los antojos al caballo
 y si el toro a pasado adelante
 no tiene para que illo a bus-
 car; si acaso el toro da con él y
 con el caballo en el suelo, levan-
 tarase como valiente caballero
 poniendo mano a su espada
 caminará para el toro como un

leon, que como he dicho estando asi
 con solo esto ha cumplido y el que le
 pareciere que no a andado bien, ha-
 biendo hecho lo dicho, tome la lanca
 y aguarde, que ay muy grandes maes-
 tros desde las ventanas. Oí contar a un
 caballero que lo vió, que estando el
 Emperador Carlos Quinto, de gloriosa
 memoria, en Palencia, retirado por la
 peste, como era tan gran principe
 y tan valiente caballero jamás estaba
 ocioso, ya justando o torneando a caballo
 o jugando cañas, lidiaron un dia unos
 toros muy bravos; salio uno que lo
 era con grande exceso; dióle gana
 a su Magestad aguardalle con
 lanca y pidió un caballo y una
 lanca y entro en la plaza. El toro
 apenas le vió a trecho quando ya
 estaba con él, y aunque le dió
 una famosa lancada y quebró
 la lanca, el toro le hirió el caballo

por los pechos. Llegó un caballero de
 su cámara más hablador que alar-
 ceador y le dijo, si vuestra Magestad
 hiciera esto así, no le hiriera el toro
 el caballo. Dijole el Emperador: Toma
 otra lanza y aguarda ese toro (que
 era el mismo que el Emperador
 había aguardado,) para que viendo
 cómo lo hacen, saque otro día
 limpio mi caballo. El dicho caballe-
 ro, que no quisiera ser nacido, escu-
 sose, pero al fin tomó la lanza y fue
 para el toro, apadrinandole el Em-
 perador. En poniéndose a lance, con
 estar el toro herido, cerró con él y sin
 acertalle con la lanza por ir muy
 turbado, dio con él y con el caballo
 en el suelo, y si el Emperador no
 le socorriera lo pasara bien mal.
 Dijole el Emperador estandole los
 lacayos limpiando las papas: Pare-
 ceme que sois mejor maestro de pala-

bra que de obra. El estar en sí es todo lo que allí un hombre pone de su parte y lo que todos notan. Oí contar que en Córdoba aguardó un caballero, que se decía Pedro de Aguayo de Heredia un toro muy bravo, y era tan entiesto el toro que con la cabeza cubría todo el cuerpo. En tomando el caballero la lanza cerró el toro con él, y no pudiéndole descubrir más que la cabeza, como tenía hecha allí la puntería, desbarabusto la lanza y el toro dio con él y con el caballo en el suelo, y era tan bravo el toro que volvió a recaer al dicho Pedro de Aguayo, el qual se iba levantando y antes de estallo vió con la presteca que el toro venía a él y estaba tan en sí que acabó de levantarse con la lanza en las manos y se la puso plantando al toro, el qual

se la atravesó por los pechos y co-
 racon y cayó atravesado a sus pies.
 El dicho Pedro de Aguayo dexó la
 lanca y echó mano a su espada
 con la qual le acabó de matar á
 muy finas cuchilladas. No lo
 hizo así un caballero de una cin-
 dad del Andalucía, que habiendo
 fiestas de ciudad acudimos a ella
 mucha gente de diversos lugares.
 Salió un toro raconable y cuipole
 la muerte de esperalle á un caba-
 llero moço que no debiera. Salió
 a aguardar su toro tan sin sen-
 tido y disfigurado que la martota
 era amarilla y la cara estaba tan
 amarilla que todo era de un color.
 Fomó su lanca y fuere para el
 toro el qual cerró con él dando
 con el caballo y con él en el sue-
 to, y de la caída perdió la capa
 y la espada y la caperuça, de ma-

nera que quedó en cuerpo, con
unas espuelas de asta calçadas.
Levantose muy aprisa, pensando to-
dor que iba a tomar su espada pa-
ra vengar su injuria, mas el que
no curaba de eso cerro con sus
despjos alcanzados con mucha pre-
tela y desque los tubo cosido partio
como un halcon hacia la puerta, que
parecio que en lugar de espuelas
llevaba alas. Salio por ella y
nunca más le vimos en la plaza.
Quien fue la primera de torear con
lanca fue don Pedro Ponce de
Leon, el de Sevilla, hermano de
los duques de Arcos que entonces
eran. Este caballero dió infinitas
lançadas con tanta destreza que
era más conocido por el nom-
bre de torcador que por el suyo,
porque mató muchos toros antes
que llegaran con los cuernos a los

pechos del caballo. Oí contar a una señora que fue grande cosa suya que jamás le oyó contar suerte buena que le hubiese sucedido, sino quando el toro le derribó y le truxo colgando por las cuchilladas de las calcas. En Córdoba ay muchos caballeros que hacen esta caballeria por extremo; pero quien más buena suerte tiene en esto son los caballeros Godoyes, que parece que con el nombre heredan la buena estrella de hijos a padres y de sobrinos a tíos. Algunos caballeros se suelen ensayar para esta caballeria haciendo traer un toro bravo a un corral o a el matadero y allí enjerille unos cuernos sobre los suyos vueltas las puntas tan atrás que sea imposible ver ni lastimar al caballo. Esto ví hacer una vez a un caballero y

no me pareció mal, que con esto se
sabe lo que se a de hacer en la plaza.
Advierto que si el toro, por bravo que
sea, no quiere al caballo, a de ir
el caballero poco a poco hasta
ponelle el hierro en la frente y
echar al toro de su lugar, y entonces
dexará la lanza excusándose el
crucar de peones ni que se le lla-
men, que si el toro le quisiere
acercancándose a él le guerrá, y
si teme la lanza él huirá; y así
a de estar todo lo de a la redonda
desembaracado y sin gente, y
para esto es el padrino o los
padrinos.

Capitulo VIII.

Como se a de torear con el garrochon

La principal causa de que-
 darse los caballeros en la plaza con
 los toros es para socorrer los peo-
 nes. Hacer este socorro bien hecho y
 con agilidad es cosa que parece muy
 bien: así el caballero que determi-
 nare quedarse en la plaza con
 los toros a de llevar prouyuesto
 que le an de matar el caballo los
 toros y que el a de rodar; y el
 que hubiere hecho esta considera-
 cion no fuidara de emprender qual-
 quier socorro de peon y hacer
 mill suertes buenas. Parece que
 el garrochon su principal inten-
 to de usarse fue para el dicho
 socorro: es una caballeria muy
 bien parecida y para que se hagan
 muy buenas suertes está toda la
 importancia en el caballo que de
 ninguna manera tema al toro,
 que sea muy presto y muy re-

22
vuelto, teniendo un caballo ~~un~~ a
propósito quien quisiere torear con
el garrochon lo podrá hacer en esta ma-
nera. El garrochon a de ser de siete
palmos sin el hierro, a de ser el has-
ta de pino porque quiebre y la
cuchilla de hoja de oliva no buida,
porque haga más herida del medio para
abajo hacia el hierro a de ser más del-
gado que del medio para arriba, no a
de llevar fiador sino solo una mosca
en el cabo donde afirme el pul-
gar. La capa la a de llevar en la
postura que he dicho para correr
la carrera, solo que vaya caída del
hombro derecho. El garrochon se
a de llevar enjuinado por el
cabo y puesta la mano sobre las
calcas del muslo derecho y la pun-
ta del garrochon hacia abajo, y con
esta postura se sa ya ~~hara~~ el
toro cara a cara, y si el toro cerrare

con el alcará el brazo poniéndole el pie
 entre los cuernos, o en el ceruiguello
 sacándole el caballo casi por el mismo filo
 que va torciendo un poco hacia el lado in-
 querido, de manera que venga a hacer
 la suerte al estribo; a ancas vueltas no
 me parece buena caballería con el garro-
 chon, así digo se escape todo lo posible y
 si acaso no judiere ser otra cosa por
 salirse el caballo y después seguirle
 el toro, podrá revolverse sobre las cadenas
 del caballo y ir guiando el caballo ha-
 cia el lado derecho y desta manera
 vendrá a atravesar el caballo y quedará
 dispuesto para que la suerte sea bue-
 na. También me parece muy bien
 que si después de quebrado el garro-
 chon le siguiera el toro, con el cabo
 que le queda en la mano le de de
 palos. Los ymbentores desta caballe-
 ría fueron los caballeros de castilla y
 el primer lugar que la usó fue Sala-

manca. Allí ay un caballero destrísimo
en ella que se llama Don Rodrigo de
Pérez, del ábito de Calatrava. Tambien
es fiestro en ella por todo extremo
el Marqués del Algava, don Luis de
Guzman, y el Marqués de Cardales don
Juan de Guzman: otros muchos ay
que por ser cosa prohibida no los
digo aqui. Una suerte le vi hacer
al Marqués del Algava don Luis
de Guzman en la plaza de Madrid
en unas fiestas, digna de su gallan-
dia y bicarria. Hubo unas fiestas que
hizo la villa en las quales se halló
el prudentísimo Rey don Phelipe si-
gundo y las dos serenísimas In-
fantas y el serenísimo príncipe
don Phelipe tercero deste nombre.
Estaba la jaula con los toros debajo
el tablado de los reyes, solo habia
en la plaza ochenta hombres de
librea para torrear habiéndose despo-

jado la demás gente sin haber en ella
 ningún caballo. A esta sazón entró
 el Marqués del Algava, don Luis de
 Guzman en un caballo rucio: llevaba
 delante ocho lacayos de librea con
 ocho garrochones; fuere para don-
 de los Reyes estaban y en hablando-
 les dió vuelta a la plaza y volvió
 a ponerse frontero de los Reyes
 a tiempo que saltaron de la jula
 un muy bravo toro. En sabiendo
 tomaronle entre manos los hom-
 bres de librea que estaban dis-
 tados para solo torrear. Uno des-
 cuidose y asióle el toro echándole
 una pica en alto. El Marqués
 caminó para el toro, el qual cuan-
 do lo vido partió para él con
 la mayor presteza y ligereza del
 mundo. El Marqués tomó un garro-
 chon a uno de los lacayos y salió
 a recibir al toro y poniéndole el

garrochon entre los dos cuernos le
dió por tal lugar que como venia
el toro desajudando al caballo y
sintió el hierro en su cabeza dió
un salto tan alto que cayó de
espaldas en el suelo con el hierro
todo dentro por la nuca y un pal-
mo de asta fuera; quedó tan muer-
to sin mover pie ni mano como
si hubiera un mes que lo estuviera.
La Muerte fue tan buena y pare-
ció tan bien a los Reyes y a toda
la corte que las damas desde el
tablado de los Reyes se la loaron y
agradecieron con muy grandes de-
mostraciones; y aunque otros ca-
balleros han muerto otros toros
delante de sus reyes, no ha
sido con aquella bicarria ni
requisito que tuvo esta Muerte.
Tambien parece muy bien en
fiestas de plaza juntarse seis ca-

balleros o más con los garrochones y en parandose el toro andar a la redonda del promiendole siempre los hierros en la frente trayendole a la redonda y a cada vuelta que den irse acortando hasta que le puedan picar en la cara y salga tras el que Oatiene.

Capitulo IX.

Cómo se a de dar cuclillada a los toros.

La caballeria mas dificultosa de quantas se hacen es dar las cuclilladas a los toros: esto no se entiende en las casuales ni las que se dan recorriendo peones, porque estas dichas va un caballero puesto mano a su espada y cierra con el toro como puede ya por de-

ya por el lado,
trás, y a por la cabeza, entrándole por
donde más cerca le cae,hiriendo al to-
ro donde puede. En esta manera de
poner mano a la espada ay muchas
opiniones diferentes unas de otras, y
aunque las que son diferentes de la
mia⁽¹⁾ de caballeros muy bien entendidos
y que dan muchas razones muy
buenas, con todo yo no me he podi-
do apartar de la mia, no porque sea
la mejor sino por parecerme a mi
que es buena, dexando a que
cada uno siga la que mejor le pare-
ciere. Dicen muchos que si un
toro coxe un peon o derriba a un
caballero de su caballo, acuden
todos los cercanos al socorro, puesto
mano a sus espadas y como
acaee que no pueden todos darle
y el toro sale huyendo por la
plaza, que tienen obligacion los
tales que an puesto mano a sus

(1) Falta
son.

espadas, no entrallas en la bayna hasta
 haber herido con ellas al toro. Yo
 digo que si un toro coxe a un peon
 y un caballero llega con muy buena
 determinacion a socorrerlo puesto ma-
 no a la espada, si este toro se esta
 quedo, a de cerrar con el dándole muy
 finas cuchilladas; mas si este toro
 sale huyendo como sucede casi
 siempre, que no tiene para que el
 tal caballero ir por la plaza hecho
 san Jorge con la espada en la ma-
 no tras el toro, que siempre o
 las más veces ni hacen nada ni
 alcanzan al toro, solo dan que
 reir a los que los miran, sino que
 en el punto que este caballero
 llega a socorrer el peon, si el
 toro sale desatinado huyendo, para
 su caballo y envayne su espada y
 si el toro salio qualque ocho o diez
 pasos y se paró, en tal caso podria

cerrar con él y darle, pero si se
aleja más, no le vaya ^{a seguir ni} a buscar.
Estas son diferentes a las cuchilla-
das que se van a dar de propósito:
estas son las picantosas, aunque
auido caballeros piéstrisimos en
ellas. Estas se an de dar al es-
tribo en esta manera: llevando su
capa en la postura que para el
garrochon irá a buscar al toro a
la parte y lugar que más gustare
hacer la tal caballería y pasara su
caballo por delante de la cara del toro
con tal compás que aunque el toro
cierre con él no le saque el caballo,
porque a ancas vueltas no sale
nada la cuchillada sino al estribo,
cuando viere que el toro cierra
con él sacara de golpe su espada
por cima del brazo izquierdo al-
cançando la mano y el espada en
derecho del oido derecho, la punta

para arriba y dar una vuelta unas
 abajo en el ayre con la espada, de ma-
 nera que venga cortando el aire con
 los filos della y descargara el golpe
 sobre el cuernillo del toro, que a es-
 te instante a destar el toro descar-
 gando el golpe al estribo del caballo
 y dándole la cuchillada y sacándole
 el caballo a de ser todo a un tiempo,
 y por haber de ser todo tan a tiem-
 po y con tanta medida y compás
 digo que es dificultosísimo; si se
 tardan en sacar el caballo, viene lo
 a desbarrigar el toro; si lo saca antes
 de darle la cuchillada, queda muy
 pesayrado, porque como está dicho
 todo ha de ser a un tiempo. Con
 todo eso ha habido caballeros des-
 truímos en esta caballeria y que
 an muerto infinitos toros. En Cor-
 doba hubo un caballero muy prin-
 cipal que se llamaba Don Gomez

de Figueroa y Córdoba, señor de la villa del Encinar de Villaseca, que en Sevilla en los casamientos del Rey don Felipe segundo mató más de dos toros a cuchilladas, cortando todo el cuello de una sola cuchillada, quedando tan conocido por esto como por ser viznieto del Marqués de Priego y de el Maestro de Santiago el tiñoso, don Lorenzo Suarez de Figueroa: en Avila en nuestros tiempos ay un caballero muy principal Don Rodrigo de Avila, que a muerto muchos toros de una sola cuchillada.

Capitulo X.

De la manera que se a de andar con los toros con la barilla o caña.

La caballería de los palos a los toros con la garrocha o caña es la más bien practicada y más usada de todas y haciéndole con donayre y destreza, fuera de la lanza, todas le pueden rendir vasallaje. Hase de buscar un caballo presto y que no sea colérico, antes tenga algo de flegmático, con que acuda con presteza a los pies. La vara o caña ha de ser de cinco palmos y no más. Tomada su caña en la mano derecha, llevando la capa en la forma dicha para el garrochon y el brazo derecho con la caña caída sobre las calças del lado derecho y la punta de la caña hácia el toro, en esta postura se atravesará por la cara del toro y queriéndole le dará los palos que pudiere en la cara, sacándole el caballo, y si después de sacado le volviere a querer el toro, le

82
irá aguardando y a ancas sueltas, de-
vribado sobre las caderas de su caballo,
le solvera a dar los palos que jun-
diere, no dando ninguno en vago,
que es muy grande fealdad y sa-
cara su caballo, y desta manera sien-
do su caballo a propósito hara mill
suertes toda la tarde: y advierto que
cuando se revolviere a ancas suel-
tas para darle al toro de palos, va-
ya con los pies y piernas tan asido
a la silla que por presto que sea
el caballo no le depe en vago. Yo
vi en unas fiestas de plaza de
Córdoba a don Gomer Fernandez
de Córdoba, un caballero muy
principal de la orden de San-
tiago y Señor de la villa de Bel-
monte, que venia a dar de palos a un
toro muy bravo; y aunque él era
muy gentil hombre de a caballo,
el caballo era tan presto que al

primer palo que le dio al toro, se
 salió el caballo con tanta presteza que
 le dejó en vago y cayó sobre la cara
 y cabeza del toro, el qual dió un
 bufido y pasó por cima de él sin
 hacelle ningun daño siendo el toro
 muy bravo. Digo que la caballeria
 de la lanza es la mejor de todas res-
 pecto que se hace a pie quedo y
 las faltas son patentes a todos, lo
 que no tienen las demás caballerias,
 que andara un hombre toda una
 tarde con un garrochon en la
 mano una legua de un toro, al-
 cándolo y bajándolo toda la tarde sin
 llegar a ensangrentar por guar-
 dar su caballo y dice a los demás:
 oh qué desgraciado he andado, que
 no me ha querido toro; y es que
 él no quiso al toro. Otro llega pues-
 to mano a su espada a socorrer
 un peon y antes de llegar una

legua quiebrale la boca al caballo y
hace que le da con los pies, y dice
a los circunstantes: han visto vs. mrdos.
cómo teme este caballo a los toros, que
no hay remedio de llegalle; y es
que él es el que teme y no el ca-
ballo. # Va otro a dar de palos a
un toro y no se llega a compás
y dice no le quiere el toro y si
acaso se llega de manera que le
quiere, parte sin tiento dando de
palos en el aire y dice: al mejor
tiempo se me quedó el toro; y
es que él dejó al toro. Quien
fue la primera vez torear con vara
o caña fue don Diego Ramirez,
~~que~~ aquel caballero de Madrid
tan conocido por su linage ser
toreo calificado como por las fue-
nas partes de su persona y
muchas suertes que hizo con
los toros a pie y a caballo, pues

destas cosas ay impresor mill ro-
 mances. En Córdoba ay infinitos
 caballeros muy diestros en esta ca-
 balleria y algunos por extremo,
 los quales no nombro porque
 no se quexen los demás. Otra
 caballeria ay que se hace con
 una caña larga y es tomar
 una caña larga por el cabo y
 aguardar al toro a tantas vueltas,
 y en partiendo el toro al caba-
 llo, como se fuere llegando, en-
 tralle la caña por entre los bra-
 cos y que esté arrimada a la
 cara del toro, de manera que
 no la pise y dexallo que lle-
 gue hasta la cola del caballo.

Esta manera llevalle toda una
 plaza o toda una calle; y en
 pareciendole al caballero sacalle
 el caballo y la caña y de punta
 dalle con ella en la frente hasta

que se haga pedacos, es cosa que
parece muy bien. Otra caballeria
le vi hacer le vi hacer al Duque
de Arcos, don Rodrigo Ponce de
Leon, con el mayor ayre y agili-
dad que se visto: con las riendas del
caballo le dio en la cara a un
toro muy bravo con ellas, tra-
yendole muy gran rato cebado al
estribo derecho por toda la plaza
y dándole siempre con ellas en
la cara; y esto fue despues de
habelle quebrado una caña en los
cuernos, hasta que no le quedó
cosa con que darle. Este principe
es de los mayores hombres de a
caballo ni⁽¹⁾ que mejor su caballo
de cuantos yo he visto y el más
ayroso.

(1) Sic.

Capítulo XI.

De la manera que en Cordoba se hacen fiestas de plaza.

Cosa muy sabida es en toda España que Córdoba tiene más casas de caballeros, mayordgos ella sola que dos ciudades juntas de España de las mayores y más pobladas; y con haber tantos y de cada casa haber muchos hijos, han procurado siempre conservar sus noblezas y limpiezas, casándose los unos con hijas de los otros y los que an salido fuera a casarse, a sido con casas muy calificadas y conocidas por tales. Así la nobleza de Córdoba esta muy envejecida y apurada y dentro del lugar

la más respetada del mundo, porque
aunque ay mercaderes y ciudadanos
muy ricos de a quatro y cinco mill
ducados de renta, no tienen lugar
en iglesia ni en parte pública don-
de concurren caballeros; así en las
fiestas que se hacen, no solo no
entran en ellas ni corren en las
carreras, no van a velas a caballo
porque no los echen, como a
sucedido muchas veces apeando-
los de los caballos y pudiérase
hacer esto con más rigor después
que su Magestad del Rey Don
Felipe segundo estuvo en Córdo-
ba, que favoreció tanto los ca-
balleros della y la gineta, que
además de las muchas fiestas ge-
nerales que le hicieron, holgaba
que todos los días de fiesta
hubiese carrera delante de pala-
cio, asistiéndolo siempre su Ma-

gestad a ella, unas veces descubierta
y otras detrás de una gelosia y
don Diego de Córdoba su caballe-
rico junto a él, para que le di-
gese los nombres de todos, que a
pocas vueltas su Magestad los
conocia por sus nombres. Suscidió
que un mercader muy rico tenía
un muy gentil caballo y acordó de
ponelle un jaer y ir a correr de-
lante de su Magestad. Luego que
hubo comenzado a correr, le des-
conoció su Magestad y preguntó
a don Diego de Córdoba quien
era aquel caballero. Don Diego
respondió que no le conocia. Di-
jole su Magestad: Pues así conocéis
los de vuestra tierra? Respondió:
Como ha tantos días que salí de
Córdoba no conozco sino a mis deu-
dos que lo son todos quantos ay en
Córdoba y ese no lo debe ser, pues no

le conozco. Envio a saber quien era
y dijole a su Magestad: Señor, es
un mercader. Respondio su Ma-
gestad: ¿no decís que no dexais correr
entre vosotros semejante gente? Dijo
Don Diego: Como está aquí vuestra
Magestad no se atreven a echallo. Su
Magestad mando llamar un alcalde
de su corte y le mando echase aquel
mercader de allí y que no dexase de
allí adelante correr a hombre que no
fuese caballero y señalado por los
caballeros de Córdoba. Casose un hi-
dalgo de una ciudad del Andalucía
en Córdoba con una hija de un
mercader y el dicho mercader se
obligó a tenelle en su casa no se
qué años. Luego que vino a
Córdoba compró un caballo y un
jaer en setecientos ducados. Des-
que se vio en su caballo enjaeca-
do deseo tubiese una carrera ó

fiesta para sacar en publico su
gineta. Ofreciose venir cerca el dia
del martirio del glorioso San Zoilo, que
es a veintisiete de Julio. Este santo
fue natural de Cordoba y caballero
muy principal della: tiene una
cofradia donde son cofrades muchos
grandes y obispos y caballeros: hace-
sele en su dia una solemne pro-
cesion y fiesta, y a la tarde toros
y juego de cañas. El dicho hi-
dalgo muy contento de cumplir
su deseo, el qual entendido por
los diputados de la fiesta dijeron
publicamente para que viniese
a su noticia: don fulano dicen
que quiere venir aqui a correr
con nosotros, diganle no haga tal,
porque si acá viene volverá muy
mal tratado. Sabido por el hidal-
go la resolucion de los caballeros
acordo de irse al Corregidor, que a

la saron lo era don Juan Gaitan
de Ayala, caballero de la orden de
Santiago. Entró el dicho hidalgo y
dijole muy turbado que él era un
caballero muy principal y que po-
día correr donde quiera y que
él lo pensaba hacer el día de San
Lorenzo aunque le habian dicho que
los caballeros diputados de la fiesta
no le habian de dexar correr por
ser forastero, que mandase su
merced llamallos y acabar con
ellos que corriese, porque no sus-
cediese una pesgracia. El Corregi-
dor que era un gran cortesano
le respondió. Yo estoy muy aqua-
decido de estos caballeros que an hol-
gado que don Luis y don Fran-
cisco mis hijos entren en su fies-
ta y me los an honrado con esto
y sería pagalles muy mal torce-
des su gusto: así por esta vez

podrá vuestra merced excusar el
 molese y luego haga vuestra mer-
 ced otra fiesta en su calle, que
 yo le daré licencia y no convide
 a ninguno de todos quantos entra-
 ren en esta. Al dicho hidalgo
 no le pareció buen medio este y
 dijo al Corregidor que para que
 par con su honor le mandase
 prender en una torre como a
 caballero y le fuesen ocho guar-
 das. El Corregidor lo hizo de
 muy buena gana haciendole ha-
 cer primero una cédula como
 la prision y guardas era a su
 pedimiento. Así quando se
 ofrece hacer fiestas en la plaza
 pública por ciudad, la orden
 que se tiene en todo es desta
 manera: Juntos los veintiqua-
 tros y jurados en el cabildo sien-
 tan el día que ha de ser la

fiesta, para que se pregone con
trompetas y atabales; luego se
ñalan las cuadrillas que siem-
pre son seis, dos caballeros veinti-
cuatro y el corregidor, que son
tres cuadrillas y nombran otros
tres de fuera del cabildo, que
son por todos seis cuadrillas.

Nombrados los de fuera, se les
lleva un recado de parte de la
ciudad haciéndoles saber la fiesta
y nombramiento para que acep-
ten. Ellos responden agradeciendo
y estimando la merced que la
ciudad les hace y así cada uno
por su parte comienza a hacer
su cuadrilla, buscando los
mejores hombres de a caballo que
puede y todas han de ser de
doce para arriba, de menos no,
y así lo son todas de diez y seis,
la del Corregidor entre todos la

hacen o le dan los que faltan: cum-
 plido el número, casan los colores
 de todas seis cuadrillas y echan
 suertes cual le cabe a cada una y
 tambien echan suertes que quadri-
 lla a de entrar delante, porque
 la de atrás es la del Corregidor,
 y quien trás del primero y las
 demás: sabido el número de las
 lanzadas, echan suertes qual a de
 ser la primera y la segunda y
 las demás, porque al que le sa-
 liere toro ruin no puede esperar
 hasta pasada la rueda. Para
 henebir estas cuadrillas ay bas-
 tantes caballeros todos muy prin-
 cipales, quedando otros tantos o
 más ágiles para poder entrar,
 cada uno saca su librea a su costa
 sin que la ciudad ni el cuadrillero
 les dé nada y quando mucho un
 mal rocín y un jaer que no se

puede llevar; todos envían por caballos y paeces a toda la comarca o los compran y ninguno ay que no tenga de quatro caballos para arriba y a ninguna parte se pueden prestar como a Córdoba, porque los tratan muy bien y no les hacen más mal que el día de las fiestas y ese día con mucha moderacion.

Aquellos días antes de las fiestas son bonisimos de mucha carrera, probando los caballos y van mill paucas a la plaza, de manera que cada día es día de la fiesta. Se juntan las cuadrillas en una parte disputada junto a la plaza, y allí cada cuadrilla toma su lugar que le cupo por suerte: cada caballero lleva dos lacayos de librea, de manera que parece la plaza de los

a pie y de a caballo un jardín de
 flores: para la entrada todos llevan
 paños y bocales en los caballos, unos
 de oro, otros de esmaltes, otros de
 plata, cada uno como quede, todos
 con sus lanzas en las manos, con
 sus veletas de la color de las libreas.
 Delante van los atabales, trompe-
 tas y menistriles con sus libreas
 y por esta orden van entrando: a
 la puerta de la plaza están cua-
 tro caballeros con capas y gorras
 pintados para ordenar la en-
 trada y para todo lo demás de
 la fiesta. Luego que a entra-
 do la música y se pone a un
 lado de la plaza, entran de
 cor en dos tan a compañías y pa-
 rejos que parece que es uno el
 que corre, usando de la lanza como
 está dicho, que parece que es una
 entrambas a dos siguen van a com-

piés haciendo los movimientos con ellas. Van entrando de manera que parando unos llegan otros a la mitad de la carrera y otros comienzan a partir con tanto compás y orden que siempre ay en la carrera tres parejas, unos parando, otros corriendo, otros partiendo y por la misma orden dar tres carreras, entrando y volviendo a salir y volviendo a entrar, luego dan vuelta a la plaza paseando. Algunos caballeros viejos y otros que no tienen caballos para torear se suben a las ventanas, quedando siempre en la plaza más de cinquenta para torear haciendo cada qual mill suertes en los toros, que a esta sacon los comienzan a soltar. Unos torear con lanca, otros con garrochon, otros con

la varilla, otros dándoles mill cuchilladas, otros están corriendo traveses, de manera que todo el día están entreteniendo la plaza y siempre ay que ver. Acabados los toros toman sus adargas, dividiéndose las cuadrillas tres en cada parte. Salense fuera de la plaza a tomar las adargas; en el entretanto están los caballeros disjuntados de capa y espada despejando la plaza de los peones. Desque está desembaracada, entran a un tiempo unos por una parte y otros por otra de uno en uno con su adarga embracada y su caña en la mano a media rienda tomando cada uno el lado diferente del otro, dando una vuelta en redondo a la plaza, que parece en extremo bien, porque todos llevan enigmas y cifras y letras y bandas en las adargas. Cada esta vuelta, se quedan cada tres cuadrillas en su pues-

to y en tañendo la música arremete
la que le toca y da Santiago yendo
tan parejos y tan en orden como si
fueran dos compañeros solos; luego
vuelven adargados recibiendo la car-
ga y desta manera juegan muy
gran rato, y desque les parece a los
caballeros diputados de capa y espa-
da entran por medio metiendo
par y luego para el juego. Van
a mudar caballos y vuelven a cor-
rer y a tirar cañuelas, el que las
a de tirar, que hasta esta hora y
este tiempo no se an de tirar. Con
esto se acaba el dia y la fiesta:
desta manera y por esta orden son
todas las fiestas de plaza en Cór-
doba con libreas.

Capítulo XII.

De la manera que se hacen fiestas en Córdoba sin libreas con capas y gorras.

Muy de ordinario suele aver fiestas en Córdoba o por casamiento o nacimiento de algun Señor de las casas de Córdoba o de alguno de los particulares caballeros de ella. Estas tales fiestas se hacen muy de ordinario en una calle que a por nombre la de la feria y es donde más bien parecen las fiestas. Es de ancho veinte varas y muy larga con gran summa de asineses de una y otra banda; esta se ataxa quedando una muy buena carrera de caballo y por los lados se ponen unos caballos de madera en que

se hacen andanios para la gente
ordmaria. Estos caballos la vienen
a ensangostar casi dos varas. Los
auctores de la fiesta hecho un car-
tel que dice la ocasion porque se
hacen, van a convidar por barrios,
y casas hasta haber juntado se-
senta o más, y no menos; todos
procurvan saber este dia muy
galanes y costosos, muchos de
colores bordados plumas y mar-
tinetes, que es mucho de ver. El
dia de la fiesta van temprano
a la fiesta a dar vuelta a la
calle y ver entrar las Damas y
ver las que an entrado. Luego se
suben a las ventanas, que como
es calle, no pueden andar con los
toros arriba de seis o ocho, y estos
an de ser muy diestros para
que no les suceda ni ll desgra-
cias. En estando la causa por quien

se hace la fiesta o la justicia en las
 ventanas, comienzan a soltar toros; y
 yo he visto toros muy bravos y las
 veces que yo me he hallado en la
 calle para torear, confieso que
 me holgaba cuando salia alguno
 manso, porque realmente la calle es
 un canuto, en fin con ser calle y
 toros muy bravos y quedarse siem-
 pre seis u ocho caballeros, andar
 tan bien y tan arriesgados sin suc-
 cerles desgracia, que es milagro no-
 table. Acabados de lidiar los toros toman
 sus caballos y se salen fuera de lo ata-
 pado y comienzan a entrar con sus
 cañas en las manos tan parejos de
 dos en dos como si fuera uno, habien-
 do siempre en la carrera unos parau-
 do y otros corriendo y otros partiendo.
 Acabada la entrada se parten unos a
 un puesto y otros a otro con pasando
 las cuadrillas, conforme los que ay

de juego y comienzan a jugar de tres
en tres las cuadrillas y desta manera
por la orden dicha no trabaxan tanto los
caballos ni caballeros. Acabado el juego
toman caballos y unos corren parejas,
otros tiran cañuelas, otros que tienen
caballos finos de carrera corren a solas
hasta que se acaba el dia y la fiesta.
Tambien suelen jugar a las cañas
de rodeo quando se juega en plaza qua-
drada y parece muy bien y no se tra-
basa tanto: desta manera dividense
los jugadores en quatro cuadrillas
cada puesto en su rincon de la pla-
ca y el puesto que está al lado izquier-
do de la plaza acomete al puesto que
está frontero del, que viene a ser el que
está al lado derecho de los puestos
contrarios y dada su carga salen a
media rienda por delante el puesto
contrario que está a la otra mano
izquierda; de manera que el puesto

que recibio la carga se esta quedo y desde este puesto al otro van como he dicho a media rienda pasando por delante, el qual sale tras los adargados, los quales se van a entrar al puesto de su mano derecha, de adonde salieron, porque los que alli estan, luego que ellos salieron a par la carga se van a ocupar aquel puesto donde los otros salieron, dejando el suyo desembaracado para que lo ocupen sus amigos que vienen recibiendo la carga. En haciendo los contrarios hechos sus cañas, van a media rienda como esta dicho pasando por delante del otro puesto, el qual sale tras ellos dando su carga y los que la reciben se van a entrar al puesto que no salio quando le dieron el Santiago, que ya estos le han desemparado y ido a tomar el otro puesto para salir

01
tras de estos que les an de pasar por de-
lante, como esta dicho, es juego que
parece muy bien y mucho más fácil
que esotro, salvo que la placa a de
ser quadrada, para que parezca una
escaramuca muy trabada.

Capitulo XIII.

Que trata de algunos advertimientos
para casos que suceden.

Muchas veces suceden cosas tan
sin pensar que no le pasa a los
hombres prevenidas, porque jamás
las imaginaron, y para si suce-
den que es lo más cierto, es bien sa-
ber dallas el mejor remedio que se
pueda y ir muy advertidos, si la tal
cosa sucede el remedio que la darán.

Es muy ordinario, acabados los juegos de cañas, quedar las plazas o las calles tan polvorosas que apenas a cuatro cuerpos de caballo se ve un hombre: así es bien, cuando la plaza está de esta manera no correr, porque es quando suceden muy grandes desgracias. Yo he visto algunas de choques de caballeros caer mas de ocho juntos, que corriendo unos traveses no se vieron hasta que chocaron, quedando perniquebrados dos o tres. También es cosa muy sabida del choque de los quatro caballeros de Valladolid, que quedaron dos de ellos muertos y uno de los vivos es don Diego de Vargas Carrvajal, señor de la villa de Santa Cruz del Puerto en Fruyillo y cabeza de los Vargas de aquella ciudad y uno de los mejores gobernadores que Su Magestad tiene. Si por caso succie-

se venirse a encontrar y quando se
vee el daño está tan en la mano
que no tiene remedio, el mejor de
aquel tiempo es darle recio con los pies
al caballo para que corra con más
fuerza, que el que entonces, tuviere
más fuerza con gran facilidad pasará
por cima del otro. A mí me su-
cedió habiendo una fiesta en una
calle, después del juego de cañas co-
mencaron a correr y corría en un
caballo mediano que corría famo-
samente y corría solo, y los que
corren solos siempre corren a la
prostre de las parexas. Acabada de
correr una carrera volvieron a cor-
rer otra; yo quando quise correr
mi caballo comenzó a relusar, aun-
que no tanto que se pudiesen en-
ganar los demás que yo no quería
correr, partieron los corriendo parexas
en foos muy gentiles caballos hacia

donde yo estaba y yo parti hacia ellos: la calle hacia un poco de vuelta y el uno no me vio tan presto como el otro, y el que primero me vio, paro su caballo y quedose; el otro que iba en un caballo crecido y muy bueno cuando me vio estariamos dos cuerpos de caballo el uno del otro; turbose de manera que comencé a parar su caballo y torcello en la calle, de manera que lo atraveso: mi caballo corria muy finamente y muy menudo y muy aprisa y muy levantado, di le recio con los pies y viniele a coper por medio de las caderas del caballo y paso el uno por cima como si no topara en nada, al salir fue tropecando mas no cayo, que con la mano y los pies no le dexé caer. Cuando volvi la cabeza al ruido y mormollo de la gente

halla tendido al caballo y caballero en
aquel suelo y el caballero tan mal pa-
rado que en muchos dias no se levan-
to de una cama, y si él hiciera lo que
yo, Sospecho que yo fuera el mal parado.

Tambien sucede irse un caballo de boca;
es menester usar estos remedios: alargalle
la rienda y luego llamallo dandole unos
golpecitos y con esto suelen algunos pa-
rar y sino quisiere parar de esta ma-
nera bajar la mano derecha y tomar
la rienda derecha y con ella sola darle
unos golpes y parará.

Tambien sucede quebrarse una
rienda yendo corriendo; para podello pa-
rar se a de echar la otra sana por
cima del rostro del caballo y parará.

Tambien sucede comenzar a cor-
rer un caballo un dia publico de fies-
ta y en mitad o al principio de la
carrera repararse o corbear o entrarse
entre la gente. Parece que si lo tal

sucede a un caballero que la mayor cor-
 dura y destreza es pararlo y sosega-
 llo y quitalle el pretal de los casca-
 beles y no correte más aquel día, que
 despues en el campo podra quitalle
 aquel vicio con el castigo; porque de
 hacello allí aquel día he visto mill
 pesconciertos y desgracias, que dias
 semejantes no son para tomar po-
 tros ni quitar malas intenciones
 a caballos.

Tambien sucede disparar un
 caballo y ir a chocar con la cabeza a
 una pared y viendolo sin remedio
 de parar con los avisos dichos, el
 más eficaz para salir un hombre
 del sin arrojarse y el más cierto es
 enhestarse en los estribos y afirmarse
 con entrambas manos en el arcon
 delantero huyendo la cabeza y cuerpo
 un poco atrás, que en topando el
 caballo en la pared u con su cabeza

1
aunque ellos la guardan u con la
espalda, estando el caballero en la
postura dicha saldra de la silla con
el golpe del caballo tan ligero como
una pelota y vendra a caer de
pies.

Tambien se ha de excusar
un caballero de correr en caballo que
cruce las manos o andando o cor-
riendo, que es la más peligrosa cosa
del mundo. Yo corri una vez en
un caballo que cruzaba y yendo
corriendo muy bien el caballo, por-
que lo hacia por extremo, al
primer tercio de la carrera le
se cruzar las manos en el aire
y con las herraduras se asió la
una con la otra de manera que
no las pudo abrir y vino a caer,
y fue tan aprisa todo que querien-
do remediar con los pies y la
mano no tuvo más lugar de de-

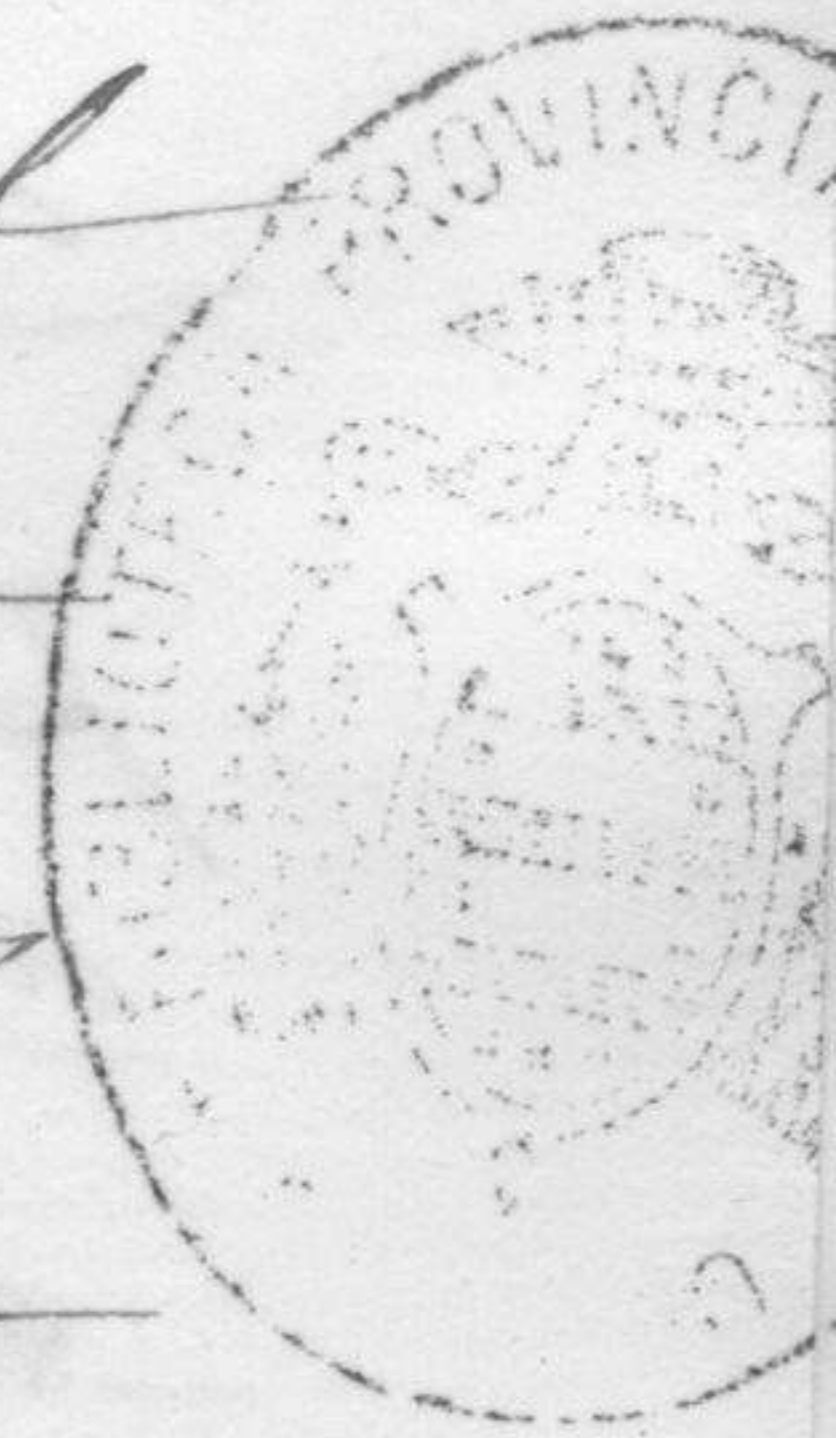
cir: Jesus, Dios sea conmigo. Antes de
 acabar de decir esto ya se habia es-
 trellado en el suelo conmigo, quedando
 el desespaldado y yo por cinco
 horas tan muerto que todos enten-
 dieron lo estaba y tuve que sol-
 dar la caída casi un año sin que-
 brarme hueso ni cojuntura, a Dios
 gracias. Así que, en caballo que
 cruce, no subire en él por ningún
 caso ni aconsejare a nadie le tenga
 en su casa.

Parejas es muy de fuerza
 correllas, así por las entradas de
 las fiestas como corriendolas, se
 encubre mejor la gineteta que no
 es buena y la mala carrera del
 caballo; y porque es muy ordinario
 por la ligereca de algunos caballos
 alargarse de los compañeros y pa-
 ra parecer bien se a de ir parejos,
 para aguardar al compañero en

ninguna manera se a de volver
la cara a ver si viene ni a decirle
que anda, que ya el se lo sabe y
hace lo que puede: lo que se ha
de hacer es templar el caballo
hasta que el otro empareje, lle-
vando su cuerpo y rostro Dere-
cho, que con el cabo del ojo se
ve si empareja o no.

Para que un hombre
corra en público a solas es menes-
ter que el caballo corra muy me-
nudo, muy apriesa y con gran
determinacion y el caballero tenga
muy buen ayre, ser muy lindo
hombre de a caballo, que como
corre a solas mirante por todas
partes; y como le miran tantos
ojos, nótese todo lo que hace.
Hubo un caballero en Córdoba
muy mal hombre de a caballo:
tenia un caballo que aunque cor-

ria bien estaba muy flaco y muy mal
 tratado y ordinariamente le traía muy mal
 ensacado y de parte de todo lo dicho en
 las fiestas ó carreras que había nadie
 quería correr con él aunque era caba-
 llero, así corría a solas siempre, los la-
 cayos tomaronle a su cargo y comenca-
 ronle a dar grita con permission de
 todos respecto que no corriese segun lo
 dicho y él con ser hombre mas vie-
 jo que moco y de buen juicio al pa-
 recer en viendose sobre el dicho rocin
 no le quedaba ninguno y pensaba
 que la grita de los lacayos eran ala-
 bancas de quan bien corría su ca-
 ballo. Un dia de Santiago en una
 carrera que tubo en la calle del
 glorioso Santo fue tanta la grita
 que le dieron que dor dandos
 suyos, un clérigo y otro caballero
 acordaron de sacarle de la calle
 y llevandole en medio de entram-



los iban reprehendiendo quan mal lo ha-
cia en tales dias correr en semejante caballo
tan flaco y tan mal aderecado. El oyo con
mucho paciencia la reprehension y quan-
do le parecio que era tiempo de responder
dijo: Deste caballo dicen mal? juro a tal
que es de envidia; y diciendoles esto le dio
con los pies al rocín y corrió toda la calle
por donde iban; ellos se quedaron san-
tiguando y se volvieron sin aguardalle.

Hubo en este tiempo otro caballero
muy mal hombre de a caballo: sucedió
llevar a Córdoba un Señor de Castilla,
el qual fue huésped de don Diego
de Haro y por festejar su huésped
solicitó una muy solemne carrera: con-
currieron muchos hombres de a caballo
y como iban corriendo iba don Diego
de Haro diciendo a su huésped: este es
don fulano, natural de Córdoba. Llegó
corriendo aquel caballero y porque no
viere que en Córdoba habia solo uno

mal hombre de a caballo, dijo: Señor, este es forastero. Solemnizose el dicho tanto como lo merecia, mas si fuera en esta era creo ubiera más forasteros que naturales.

Tambien es menester advertir que se sepa que hábito se ha de poner el caballero para hacer ⁽¹⁾ mal a la gine-
ta. Calças, ropilla, capa y gorra, este es el hábito perfecto; y todo lo que fuere fuera desto impropio, como es calçones, colete, ferremuelo, sombrero. El adereço perfecto de la gine-
ta y con que los caballos corren más bien y andan mas desembaracados son adereços, que se entiende cabeçadas, pretal, estrinos de plata y una cuerda de plata con la borta algo cumplida y un caparacón. Isto sirve para torear, para jugar a las cañas para tirar ca-
ñuelas, finalmente para todas las ca-
ballerías que se hacen en una fies-
ta; solo para entrar parece muy bien

(1) sic
pafice
falar
um no.

un caballo con un jaer y un gentil
bocal, que como no se dan mas
que dos o tres carreras a la entrada
pueden ser un caballo. Sufrir; otros
usan unos tafetanes o unas tocas
con unas grandes rosas entre los
ojos de los caballos y a mi gusto
es una cosa muy desairada y que
parece muy mal; frenos dorados u
plateados parecen muy bien.

Plumas en las testeras de los
caballos en las sillas de jineta aun-
que sea en disfraz (sic) o máscara es
una cosa muy impropia y que
de ninguna manera se deben po-
ner ni usar sino es en caballos
armados a la brida para justar o
tornear, y aunque es cosa muy
impropia en máscaras o disfraces
jireles, porque son propiamente de la
brida respecto de la cera, porque
las clinas ni la cola no se dan, se

permite.

Espuelas de la gineta de hasta sobre capatos ni capatos ni de botas con suela. Tambien es cosa muy fisona y ~~que~~ en ninguna manera se pueden traer, porque las tales espuelas se han de calcar sobre forceguies. Tambien se habian de quitar estas espollillas de capatos, que no sirven de otra cosa fino de que un caballo colée y se muestre a tirar coces.

Tambien no ayunabo yeguas de silla para servirse dellas en fiestas y en gala, porque de más de ser todas viciosas de cola y sin fierto en la boca es andar muy a peligro de un abrazo de un caballo. Yo he visto algunas desgracias en racon desto, y aunque he visto algunas de muy grande obra, con todo eso estoy muy mal con su caba-

Meria.

Otra manera de fiesta se suele usar que parece muy bien y mucho mejor de noche y es en algunos disfraces o máscaras que se hacen por casamientos o nacimientos de algunos caballeros. En llegando a la calle o la plaza por quien se hace la tal fiesta tomar unas tablachinas, que son a manera de adargas de madera unas doradas y otras pintadas y tomar mucha cantidad de alcancias de barro por cocer Merias de ceniza y jugar con ellas a las cañas; tira cada uno tres o quatro y como dan sobre las tablas hacen muy buen ruido y a la vez de hachas y luminarias parece muy bien y es una fiesta muy regocijada.

Otra manera de caballería se hace en Cordoba que se llama

lances ensartados y para hacella bien
 es menester que el caballo corra y
 pare por grande extremo y por
 mucha cuenta y que acuda mu-
 cho a los pies y que el caballe-
 ro sea muy airoso y sea muy
 gentil hombre de a caballo. Esta
 caballeria se suele hacer despues
 de los juegos de cañas. Hácese de
 esta manera: parte el caballero
 corriendo su caballo y al primer
 tercio de la carrera comienza a
 a parar sacando el brazo con gran
 gallandía y antes que el caballo
 acabe de parar ha de bajar el
 brazo volviendolo a su lugar y
 juntamente con baxallo le ha
 de dar a viva con los pies al
 caballo para que vuelva a em-
 prender corriendo y a los dos
 tercios de la carrera bolverá a sa-
 car su brazo volviendolo a parar su

caballo y antes que de todo junto
pare, volverá a bajar el brazo y a
volar con los pies para que se
vuelva a emprender y desta ma-
nera correr a toda la carrera y
advertido que para parecer bien,
aunque la carrera sea muy lar-
ga no se han de correr mas de
tres lances ensartados, como he
dicho, unos tras de otros, que si
corre cuatro el caballo, no podrá
correr ni parar aunque corra muy
menudo y si son dos casi no se
echará de ver, de manera que
han de ser tres, para que parez-
ca bien al primer tercio y al
segundo y al postremo parar de
todo junto.

Capítulo XIII.

De la manera que se an de alimentar
los caballos y sustentar los capcos.

Los caballos de los caballeros se han
de conocer entre los demás en muchas
cosas, en la doctrina, en la limpieca,
en el herraje, en la pulicia y aseo
vellos, que de solo ver un caballo
en casa del herrador o a un lacayo
de diestro se conozca que aquel ca-
ballo es de caballero por las cosas
arriba dichas; que un labrador
tiene un caballo muy gordo y
échase de ver que es suyo en tener
dos dedos de grasa encima y las
clinas y cola repetadas y vocadas
y un palmo de capcos y los oídos
llenos de lana, que solo ver el
caballo dice cuyo es, y por más

curioso que sea y ponga cuidado en
esto, como es cosa violentada no le
da aquel punto que se requiere y
es menester y como cosa que solo
del tuvo principio está disculpado,
lo que no lo puede estar un caba-
llero que lo heredó de padres y
abuelos y antepasados y que no
tiene otro oficio ni entretenimiento
sino sus caballos y nació con
esa obligación, y son los caballos
puntuales de la nobleza y tan an-
tigua que en las informaciones de
los hábitos es una de las pregun-
tas que si el tal caballero que
quiere tomar el hábito tiene y
ha tenido caballos y es hombre
de a caballo. Conforme a esto es
cosa anexa a la nobleza el tener
ellos y forcosa; y siéndolo como
está probado, también lo es la
curiosidad y regalo y doctrina

con que se han de tener. Muchos
 que son curiosos en engordar sus
 caballos suelen usar de mill man-
 tenimientos y regalos para tenellos
 gordos y muy soplados, unos les dan
 trigo seco o remojado, otros yerros
 secos o remojados, otros pellas
 de harina de cenaba, otros pajas
 secas o remojadas, otros salvados
 empapados, con los quales rega-
 los las mas veces engordan, prin-
 cipalmente con el trigo o los yerros
 engordan mucho, toman mucha
 fuerza y frio, háceles muy lindo
 pelo, pero es muy peligroso man-
 tenimiento, asi por el peligro de
 reventar si bebiesen sobre el man-
 tenimiento como porque les
 engendra muy gruesos humores
 y es causa de dalles unos toro-
 cones de replecion y hinchamiento
 que no tienen cura ni remedio

Tambien es causa de encenderse la sangre y sobrevienelles sarna o ares-tin o grandes comecones y unas inflamaciones por el cuerpo que se vienen a pelar.

Las habas es un mantenimiento con que suelen ensanchar mucho, pero es una carne floxa y fofa y así son flogisimos los caballos que usan este mantenimiento, demas que si se enflaquecen y adelgacan los cascos de manera que se vienen a perder.

Salvador es un malvito mantenimiento, porque demas de aflorar los caballos y hacellos sudar con muy grande exceso, los opilita y vienen a tener huerfago, y el caballo que usare comer salvador dentro de un año tendra huerfago y esto lo he visto muchas veces y hasta las bestias

menores que tienen los panaderos todas están llenas de huerfago. Las pellas de harina de cenada es muy buen regalo las siestas de verano y con que ensanchan mucho los caballos y así mismo con las papadas de la misma harina de cebada aunque crían gruesos humores.

La avena es el mejor mantenimiento que se les puede dar en lo recio del verano, porque ensanchan mucho los caballos y los limpia de todos los malos humores, les cría muy limpios cascos y al que los tiene malos se los sana y adona. Y porque todos no saben cómo se ha de dar, diré aquí la orden y manera de cómo se les ha de dar este pienso. Si el caballo come almud y medio de cenada el primer día se ha de echar un almud de

avena en venajo y estarse en el
 agua seis o siete horas, de allí se
 ha de sacar y echarse en una es-
 tera para que se oree y otro día
 repartir esta cantidad en tres pien-
 sos y en acabando de comer su
 pienso de cenaba y beber el caballo
 se le ha de limpiar el pesebre y
 echalle la tertia parte de la avena
 y desque la haya comido volverle
 a echar su paja y por esta orden
 ir por los demás piensos de aquel
 día y este día volver a echar en
 venajo almud y medio de avena
 y que este ^{otras} seis horas en agua y
 ponerla a orear y por la orden
 dicha echarsela el siguiente día,
 con que cada día se vaya creciendo
 en el avena que se echare en
 venajo medio almud más hasta
 venir a echar en venajo dos
 almudes y medio, y si el caballo

no pudiese llevar almud y medio
de cebada y dos almudes y medio
de avena, se le irá quitando par-
te de la cebada, de manera que
pueda comer toda la cantidad
de avena. Este pienso se ha de
dar en lo recio de los caniculares
y con dos hanegas y media o tres
de avena tiene un caballo muy
bastante recado. Esto se ha de dar
a los caballos flacos, enfermos y
desmedrados, que a los gordos y
sanos no tienen necesidad: advierto
que mientras comen el avena y
seis días después no se ha de an-
dar en ellos ni se les ha de
poner silla fino con el fres-
co de la mañana o el de la
primera noche sacarlos a pasear
a tercer día de diestro con tal
que no suben ni hagan demasiado
ejercicio.

Brenajos de levadura y aceite son
muy buenos, aunque lo mejor es
no hacellos a estas cosas sino a
su agua clara y paja cebadaça
y harta cebada que a un caba-
llo por mediano que sea no se
le puede quitar al mud y medio
de cebada, que con este pienso y
agua clara y siempre paja ce-
badaça fresca en el pisobre y
mucha limpieça, yo aseguro
que este un caballo mas ancho
que largo. Y porque viene
a proposito contare lo que le
sucedio a Don Diego de Haro,
caballero y gentil hombre de su
Majestad del Rey Don Phelipe
segundo. Compró un caballo
de quien tenia mill buenas es-
peranças aunque estaba algo
delgado; entrole en su caballeria
y vio que era muy ruin come-

dor; probóle quantas semillas y
regalos supo y entendió, porque ce-
bada con un cuartillo tenía para
oia y medio y con las demás se-
millas hacía lo mismo que con
la cebada. Vistose desconfiado de
podelle engordar, porque como he
dicho tenía muy grandes espe-
ranças que si engordaba sería un
famoso caballo, vinole a dar gar-
banços y coniuolos de manera que
por mucha cantidad que le echa-
sen la comia toda y con ellos mu-
cha papa. Púsose con esto muy
trucida bestia; lleuole a la corte él
y otros y llegado que fue allí le
vendió a un embaxador de Alema-
nia en mucha cantidad de ducados.
El embaxador muy contento
con su caballo entrole en su caba-
llería y diuole a comer su
pienso ordinario: el caballo en

88
don o tres dias no comió ninguna
cosa; así se puso muy flaco y dese-
mejado. El Embaxador muy con-
gozado, entendiendo era de otra
cosa, envió a llamar los abeyta-
res de la Corte para que vieses
si tenía tolanos u otra enferme-
dad. Luego que lo vieron dijeron
no tenía mal ninguno. Encon-
tróse el Embaxador con Don
Diego de Haro y díjole cómo
había tres dias que el caballo
no comía y que decían los
abeytares no tenía mal nin-
guno. Díjole don Diego que
qué comía el caballo; respondió
que en su casa ninguna cosa ha-
bía comido, que allí se tenía la
primer cebada que le habían
echado. Respondió Don Diego de
Haro: ¿Hante dado garbanos? por-
que ese caballo no come otra cosa.

El Embaxador lo vió mucho y
 híroselos dar y volvió el caballo
 a tomar el lustre que primero
 tenía.

El caballero Demás del cuidado
 que ha de tener en el mantenimien-
 to de su caballo, le ha de tener
 en la limpieza y aseo, como esta-
 dicho, buscando un muy buen moço
 de caballos que los limpie y pele-
 che muy bien, haga los oydos, les
 corte las colas muy parejamente,
 quatro dedos más arriba de las
 cernexas de los pies, limpiean-
 dole muy bien las crines, fin que
 les cayga agua en ellas, quitán-
 dole la grasa con unos paños
 secos, que le labe la cola y le
 quite los cañones, y para crialles
 muy buenos capcos, recios y correo-
 sos lo más principal es tener
 mucho cuidado que anden muy

bien herrados siempre, que no les falte ni un solo clavo y todos los Oïas untalles todos los cercos juntos al pelo con basalicon y cada vez que saliere, como sea dos veces en la semana, y cuando venga de fuera hacer tibiar un poco de agua, que este más caliente que fría y laballe muy bien los capcos de las manos, y luego abaharselos y enjugarselos, y untalle con basalicon y de ocho a ocho Oïas afiancalle las manos por dos horas con estiércol fresco y con solo lo dicho tendrán excellentísimos capcos, sin que les salga quartos, cercos, rracas ni sequedad.

Tambien tiene obligacion el caballero traer su caballo muy aseado, así a la gineta como a la brida, con el adereco muy limpio y pulido y cosido y que cada

hebilla venga en su lugar, de mane-
 ra que aunque sea un rocin con
 la buena conpostura y aseo del
 adereco y limpieca pareciera que es
 un muy buen caballo, y si va mal
 aderecado, las caucadas descoridas
 y la gurnpera a un lado pare-
 cera un mal rocin y dara que
 decir a quien lo mirare. Digo
 esto porque yo vi a un caballero
 que lo era más que curioso un
 dia subir a la gineta con un
 adereco de terciopelo negro y traia
 un estribo dorado y otro barni-
 cado y avisandole dello, comen-
 cose a santignar diciendo no lo
 habia visto hasta entonces. =

==

MS. en 4.º de la Bib.^{ca} Nac.^l encuadernado en perga-
 mino, de nueve hojas sin numeracion al
 principio y 64 numeradas a contar desde el
 Prologo. — Su signatura es J-156.

E. HIP. ESPAÑOLA

T-4-nº 37

